



Chica
sexy
NO BUSCA
EX

Ariadna Baker

Primera edición

Chica sexy no busca Ex.

© 2020, Ariadna Baker

© Imagen portada: Adobe Stock Fotolia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)



Capítulo 1

Tres años habían transcurrido desde que mis padres murieran en un fatídico accidente de coche por culpa de otro vehículo que venía a gran velocidad en sentido contrario. Como no, el conductor estaba borracho.

Ese día a mi hermano Lucas y a mí, se nos fue una parte de nuestras vidas, aunque él tenía solo dos años y yo veintiséis cuando esto sucedió.

Me tuve que hacer cargo de él y suplir el papel de mis padres en todos los sentidos. Gracias a Lucas, no lo tuve difícil pues era un niño de lo más noble y nada problemático, en educación no habían escatimado mis padres, aunque yo me volví un poco deslenguada.

La casa de mis padres quedó completamente pagada con el seguro que tenían contratado, era una preciosa unifamiliar nueva que apenas la habíamos estrenado dos meses atrás de lo sucedido, así que, en ella nos quedamos como herederos que éramos y una cuenta corriente con una buena suma de dinero que yo no quería tocar hasta que Lucas cumpliera la mayoría de edad. Gracia a Dios, yo tenía mi trabajo online de organizadora de eventos y había triunfado desde los veinticinco años, por lo que con lo que ganaba podía mantenernos a los dos sin tocar nada.

Por otro lado, estaba mi vida sentimental, esa en la que estuve en una relación con Carlos, dueño de un hotel que había sido de su padre ya jubilado y le había regalado para que lo dirigiera como él, lo hizo en su momento.

Carlos y yo estuvimos juntos cinco años, luego me dejó porque se enamoró de otra que le duró un mes, esa que más tarde lo mandó a tomar por saco por otro...

Con el tiempo se arrepintió de dejarme y desde entonces, lleva intentando de todas maneras volver conmigo ¡Pobre iluso!

Así que, mi vida había sido todo un desastre de acontecimientos a los que nunca nadie está preparado, pero cuando llega y te explota en la cara no te queda otra que hacerle frente a todo y seguir hacia adelante, más cuando queda a tu cargo un pequeño que solo tiene cinco años.

Eso sí, yo me cuidaba mucho y por mi trabajo en el que, aunque era online, tenía que hacer algún

acto presencial con los clientes, me gustaba mucho estar impecable y siempre intentaba cuidar mucho mi imagen, pues sería lo primero que verían al conocerme.

Mi vida había dado un giro, sin padres, sin novio desde hacía seis meses y con un hermano que ya era como un hijo, hasta me llamaba mamá, pues él casi ni tenía recuerdos de mis padres a los que cuando miraba una foto los llamaba abuelos.

Ese día era el último de clase, cogían las vacaciones de verano, así que salió feliz corriendo hacia mí y diciendo que nunca más, bueno... para él, casi tres meses era un infinito.

—Burger King — dijo nada más montarse en su silla del asiento trasero de mi coche.

—Claro, usted manda hoy por las excelentes notas que has traído — dije observando por el retrovisor su preciosa sonrisa. Además, Lucas era guapísimo, un rubio con mucho estilazo, parecía un modelo de niño, a mí me tenía enamorada.

—Yo quiero una hamburguesa bien grande — levantó los brazos.

—Y yo, unas vacaciones sola en una isla — reí.

—¿Conmigo?

—¿Qué parte de sola no has entendido? — le saqué la lengua por el espejo.

—¿Y yo que hago solo en casa? — Levantó las palmas poniendo cara de indignado.

—Yo te dejo la nevera llena de cosas y muchas chuches, el ordenador y la tele ¿Qué más quieres?

—No, tú te quedas en casa conmigo o nos vamos los dos a la isla, pero hasta que yo no sea mayor, solo no.

—Ah vale, pues entonces no me voy a la isla — hice un movimiento con la cabeza en plan de burla, causándole una carcajada.

Mientras comíamos, el niño iba y venía al parque de bolas que había dentro, mientras yo hablaba con mi tía Marta, la hermana de mi madre. Era notaria, tenía cincuenta años y no tenía hijos, además, era divorciada y vivía a cuerpo de reí, pero me ayudaba mucho con Lucas, sobre todo, para que yo pudiera salir alguna noche de los fines de semana. Ella era todo un apoyo y siempre estuvo muy pendiente a nosotros, además, al ser notaria nos arregló rápido y fácil lo de la herencia, no me tuve que complicar mucho con eso.

—Sobrina, ¿hoy o mañana me traes a Lucas?

—Si quieres te lo llevo hoy y lo recojo el domingo, te puedes distraer con él, todo el fin de semana — aguanté la risa.

—Ya sabes que disfruto como una enana, tráelo después de comer y ya vienes por él, el domingo, sabe que aquí lo tiene todo también y se distraerá.

Y tanto que tenía de todo, le tenía hasta un dormitorio con ropa, juguetes, cuentos, puzles...

Tras la comida lo llevé con la tía, él iba contento, aunque le encantaba estar conmigo, pero no le disgustaba irse con la reina de sus caprichos, lo consentía en todo.

—Bueno hermanito, pórtate bien y ayuda a la tía a no desordenar la casa — le revolví el pelo y le di un beso en la mejilla.

—Sabes que tu hermano no desordena nada — volteó los ojos.

—Tía, tú sigue poniéndolo en todo en una nube, que ya verás cuando cumpla diez años — resoplé dándole un beso.

—Anda tira y disfruta con Lorena el fin de semana — me acompañó a la puerta.

Lorena era mi mejor amiga, esa que todos envidiaban: guapa, simpática, culta e hija de uno de los empresarios más adinerados del país, quien le tenía un sueldo asignado a su hija hasta que cogiera la herencia, lo que conllevaba que jamás había trabajado, ni iba a hacerlo.

Vivía en un edificio de lujo, su apartamento tenía doscientos metros y una terraza en las que hacía hasta fiestas, una cucada de lugar, aunque yo no me quejaba de la unifamiliar en la que viviría hasta que mi hermano y yo decidiéramos venderla cuando él, fuera mayor y para eso quedaba bastante.

Metí el coche en el aparcamiento del edificio de Lorena, era de dos plazas y yo tenía la llave de entrada, así que subí directa en el ascensor a su apartamento.

—¡Te juro que vas a flipar! — dijo moviendo las manos con rapidez cuando abrió la puerta.

—A ver, sorpréndeme y ponme un café inmediatamente.

—Una tila te voy a tener que poner.

—¿A mí? ¿Por qué? — La miré sonriendo sin entender nada.

—Tu ex, me ha llamado para invitarnos esta noche a la inauguración del nuevo restaurante que abre en su hotel de la playa.

—Vayamos por partes... — Me puse la mano en el pecho al sentarme en la barra de su cocina — ¿Qué restaurante? El hotel ya contaba con uno en su playa privada.

—Ese, pero lo han remodelado y, por lo visto, lo han decorado estilo ibicenco total, con hamacas balinesas, antorchas, etc.

—Sí, eso lo quería hacer desde hace mucho.

—Pues eso...

—Y, ¿por qué te llama a ti?

—Porque dice que lo has bloqueado en el WhatsApp, en Facebook, en Instagram, de mensajes de texto y llamadas — volteaba los ojos negando y riendo.

—Y porque no tengo Twitter, si no, cae también.

—¿Entonces...?

—Ni de coña, yo no voy — negué con contundencia —, te lo digo en serio.

—Hay que ir, aunque sea para joderlo y por ver que allí estará lo mejor de la isla.

—Joder... ¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Qué te lo prohíbe?

—Como bien has dicho, lo tengo bloqueado en todos lados...

—Pues con no saludarlo... Yo lo saludo por las dos y que le den, a beber bajo la luz de la luna y a conocer gente, además, de que, por supuesto, luzcamos unos modelitos de los nuestros y captar una imagen de ensueño para subirla a las redes — se encogió de hombros.

—Yo te mato ¿De verdad lo más importante que podemos hacer esta noche, es ir a la fiesta de inauguración de mi ex?

—Tenemos tres horas para pensar que ponernos y prepararnos...

—Sin duda, te mato... — resoplé echándome sobre la mesa como desplomada.

—Bueno, ya sabes que tengo un buen armario, ni siquiera tienes que ir a tu casa si no quieres...

—No hacemos nada allí, pero bueno, hace tiempo que no la lio un poco y se me está pasando por la cabeza ir a dar un poco de porculo.

—Menos mal que tú, eres fina hasta para liarla.

—Me voy a mi casa a ducharme tranquila y a cambiarme. ¿Me recoges?

—Claro, en un taxi.

—Por supuesto, con la que vamos a coger como para llevar nuestros coches... — reí negando y levantándome para salir de allí e ir a mi casa.

A nosotras era para darnos de comer aparte, a la fiesta de inauguración de mi ex, al que tenía bloqueado, aquel que evitaba a toda costa, ese que llama a mi amiga para intentar por todos los medios que fuera, ese que... ¡Le iba a dar la noche!



Capítulo 2

Una notificación me avisó de que mi amiga ya estaba fuera...

Me miré al espejo y me vi elegante, pero de lo más sexy, muy actual, con el pelo estirado en una coleta lisa hasta la cintura, en color castaña con finas mechas rubias.

El vestido corto en color negro con un cinturón que hacía que se pronunciaran bien mis caderas, con una caída espectacular que tenía sobre ellas y un tirante ancho dejado caer por el hombro, además llevaba una pedrería pequeña, era una preciosidad ¡Se iba a cagar!

—Estás preciosa —dijo mi amiga cuando me monté en el coche.

—No te quedas atrás —le hice un guiño.

El taxista nos dejó en la misma entrada de acceso al hotel donde le dimos los nombres al de seguridad y nos deseó una bonita velada.

—Nena, aquí lo vamos a pasar bomba — dijo mientras andábamos entre los jardines por el camino de madera que nos llevaba hasta la playa y nos cruzábamos con un camarero que llevaba una bandeja y nos ofreció unos vinos que aceptamos inmediatamente.

—Yo sí que me lo voy a pasar bomba — advertí con malicia.

Las luces de las antorchas estaban por todo el restaurante, era impresionante como se veía sobre la arena de la playa y las tarimas de madera para andar sobre ella, todo un espectáculo para la vista, toda una estampa para pasar una noche más que especial. La verdad es que mi ex, gusto tenía.

Llegamos andando hasta el foco principal entre las miradas de los allí presentes, en plan divinas, esa noche era para darlo todo.

Cogimos un sitio chulísimo con una rinconera y su mesa mirando al mar, nos quitamos los zapatos

y pusimos a un lado nuestros bolsos, tipo neceser sobre la mesa, el tabaco, el móvil y poco más.

Un camarero no tardó en traernos unos aperitivos y ponerse a nuestra disposición, ese no sabía ya lo que había hecho, le íbamos a dar la noche.

Había poca gente, no más de cincuenta repartidas por aquel lugar, personas muy importantes del mundo empresarial de la isla.

A lo lejos vi como venía Carlos hacia la zona y comenzaba a saludar como buen anfitrión a todo el mundo ¡Poquito le iba a caer conmigo!

—No seas bruta — advirtió riendo, mi amiga.

—Tranquila, ya me dijiste que yo no tenía que saludar y yo... — hice como si cerrara una cremallera en mis labios.

—Te conozco...

—No me conozco ni yo, me vas a conocer tú — cogí una aceituna del plato que nos habían puesto.

Y como no, nos vio a lo lejos y su cuerpo se dirigió hacia nosotras como si tuviera un radar puesto ¡Qué barbaridad! Íbamos a tener hasta la suerte de ser de las primeras en recibir su saludo.

—Buenas noches, es un placer teneros aquí — dijo cuando se acercó y mi amiga se levantó a darle dos besos.

Mi cara estaba levantada, mirando hacia otro lado, en plan altiva como si ese saludo no fuera conmigo.

—¿No me vas a saludar? — carraspeó sonriente.

Giré mi cabeza lentamente, lo miré a los ojos, luego de arriba abajo, estaba guapo el capullo, cogí mi copa para dar un sorbo y volver a mi posición de altivez...

—Hoy no tiene un buen día — soltó mi amiga para quitar tensión al asunto.

—Ni hoy, ni los demás, me ignora por completo tanto que me bloqueó de todas partes.

—Carlos, Carlos, Carlos... — dije lentamente mirando hacia mi copa en tono de regañina.

Hubo un silencio, imagino porque estaban esperando a que siguiera, pero os digo de ya, que estaban de lo más equivocados. Si pensaban que yo iba a hablarle iban apañados.

—Una falsa alarma —le dijo Carlos a mi amiga bromeando.

—Ya veo que sí, pues eso, que gracias por invitarnos y que esperamos disfrutar de esta noche.

—Por supuesto, espero que estéis bien atendidas.

—¡Estaría bueno! —ahí reventé — Venir obligada y que me trataran mal —negué volteando los ojos.

—Eso no pasará — dijo Carlos sonriendo.

—Pues me alegro — le señalé el camino para que se fuera.

Reclinó su cabeza sonriendo mientras negaba y se marchó para seguir saludando.

—Tía, que borde — se quejó Lorena, sentándose a mi lado mientras negaba.

—Me dejó por otra, así que... Si él se permitió eso, yo me puedo permitir lo que me dé la gana.

—Pero es su fiesta...

—Pues que no me hubiese invitado —me encogí de hombros.

—Venga, vamos a brindar por nosotras y que les jodan a todos — chocamos las copas.

—En especial a él —sonreí con ironía.

Mi amiga nunca se había complicado con los hombres y siempre era un aquí te pillo, aquí te mato. Eso de tener algo serio nunca había ido con ella, así que no tenía ni idea de lo que realmente puede llegar a ocasionar que te dejen por otra persona y se queden tan pancho, como hizo en su día Carlos, por lo que me podía permitir el lujo de tratarlo como me diera la gana.

Eso sí, vivió esos momentos conmigo, me apoyó como la que más, al igual que mi responsabilidad por Lucas, me hizo seguir adelante más pronto que tarde.

Detesté a Carlos como él, jamás llegaría a imaginar, fue tan dolorosa la decepción, que a pesar de amarlo con todas mis ganas lo maldecía continuamente. Lo amé como jamás había amado a nadie, pero del amor al odio dicen que va un paso, algo así me debió pasar, aunque yo prefiero llamarlo decepción, la palabra odió realmente no la conocía ni tenía intención de hacerlo.

Tras una hora y pico agasajándonos a copas de vino y todo tipo de aperitivos, pasamos a los cubatas, pero ahí sentada, sobre esa rinconera de lo más cómoda y mirando al mar ¿Podía ser más perfecto? Sí, pero claro, Carlos apareció quitando esa magia.

—Ya nos saludaste antes —solté con cara de desprecio.

—No lo recuerdo — se sentó al filo en el lado de mi amiga con una copa en mano.

—¿Quién te dio permiso para sentarte? — pregunté a sabiendas que era el dueño de todo eso, pero a mí me gustaba jugármela.

—Ni idea, me colé y nadie me dijo nada — bromeó.

—Pues mira todo el sitio que hay, para que vengas a molestarnos a nosotras que estamos bien tranquilas — la cara de mi amiga era de, “tierra trágame y escúpeme donde sea”.

—Llama a seguridad y que me eche...

—Mira Carlos, no me provoques que te monto aquí la fiesta de tu vida — le hice un guiño en tono de advertencia.

—Pues no seré yo el que te diga que no.

—No me provoques, no me provoques... — asentí a modo de aviso.

—Haya paz y amor, chicos, la noche es preciosa y está para vivirla.

—Claro, a eso vine, no de niñera — cogí el móvil y me puse a mirar la red.

Se que mi amiga volteó los ojos, pues la pude ver de reojo mientras él negaba sonriendo, pero es que, si me buscaban, me encontraban y Carlos tenía todas las papeletas, mejor que se callara.

—Propongo algo... — dijo Carlos, a sabiendas de que se jugaba que lo próximo que hiciera fuera echarle el cubata encima.

—Suelta, suelta... — le dije de forma desafiante intentando que hablara.

Un camarero se acercó y él le pidió una botella de un whisky de esos que valen como un viaje a Punta Cana, un ojo a la cara, además de unos vasos de chupitos y que rellenara las copas ¡Con dos cojones!

—¿Y? — pregunté recordando lo que tenía que proponer antes de que apareciera el camarero.

—Cuando nos bebamos los dos primeros chupitos os los digo— arqueó la ceja aguantando la risa. Mi amiga giraba la cabeza para ver que soltaba el uno o el otro, con su cañita sobre los labios y sujetando la copa.

—Claro, cuando nos bebamos dos chupitos — reí incrédula —. Tiene gracia el tío, entre lo que llevamos bebidos y la copa que nos traigan, nos puedes proponer un trío que seguramente hasta aceptamos — resoplé negando.

—Claro, claro — dijo mi amiga y la miré con cara de querer matarla.

—Tú, más vale que no bebas más — me puse la mano en la frente y solté el aire de nuevo. Vaya trabajo le estaba dando a mis pulmones esa noche con los sobresaltos de estos dos —. Y tú, te vas a salvar porque has pedido una botella buena, si no, ya te hubiese mandado a relacionarte con la gran sociedad que hoy invitaste a tu fiesta — hice un semicírculo con la mano señalando a todos los allí presentes.

—¿Entonces lo del trío sigue en pie?

—Lorena, o te callas la boca o te juro que te tragas mi copa — le advertí con el dedo.

—Hija, una alegría para el cuerpo — hizo una burla causando una risa en Carlos.

—Si tan falta de polvo estás, coge a este — señalé a Carlos — y os vais a cualquiera de las habitaciones libres del hotel, donde estoy convencida que no tendréis ningún problema para que os den la llave y así saciáis ese calentamiento que lleváis.

—Nena, ¡que estoy de broma!

Carlos sonreía negando, estaba deseando saltar, pero sabía que la podía liar, estaba esperando que el alcohol nos hiciera más efecto, que a este lo conocía yo, estaba claro que no iba a pedir un trío, pero conociéndolo, se le podía ocurrir cualquier cosa.

El camarero vino con las copas, la botella sin abrir y los vasos de chupitos que dejó llena la primera ronda, pero la botella la dejó con nosotros, menos mal que lo entendió, si no, me veo quitándosela como una energúmena.

Me tomé el chupito sin esperar a nadie, sonreí mientras mi amiga me miraba con la boca abierta.

—Pero... ¿Cómo puedes beber sin el brindis?

—No, espera, si quieres brindo por este — señalé con la cara a Carlos, que me miraba sonriendo.

—Hija, brinda por la noche, por lo que sea — me rellenó de nuevo el chupito, pero se lo dio antes a Carlos, para que nos diera tiempo a los tres, sabía que si lo ponía primero en mis manos me lo bebería de nuevo haciendo caso omiso a su brindis —¡Que tengamos una preciosa noche y sumemos momentos! — dijo dándome la copa, mientras me miraba con firmeza.

—Con este podemos sumar de todo...

—No me creo que no me vayas a perdonar — levantó el chupito y se lo bebió.

Yo me lo bebí de igual manera, la verdad es que necesitaba mucho alcohol en mi cuerpo, tenía ganas de matarlo por todo lo que me hizo.

—Supongamos que comienzo a entender que estoy en tu fiesta — me encendí un cigarrillo—. Supongamos que hoy bebo más de la cuenta y hasta necesito habitación para dormir con mi amiga y supongamos, incluso, que hasta esta noche me puedo volver simpática, cosa que dudo pues necesitaría la botella esa entera para mí... Pero supongamos que se dan todos esos hechos — ya me salía mi parte filosófica, era señal de que el alcohol estaba haciendo su trabajo — ¿Crees que mañana te trataría como si nada hubiese pasado?

—No le contestes que la pregunta tiene trampa —le dijo Lorena, causándole una risa.

—Me di cuenta, pero le contestaré... Imagina que sucede como has dicho, quizás seas tan feliz de nuevo, que mañana quisieras seguir siéndolo...

—Definitivamente estás muy mal, pero que muy mal — volteé los ojos conteniendo el aire.

—Si te refieres a los locos, a muchos lo tomaron como tal y eran unos genios.

—Mira, échame otro chupito que va a ser lo mejor ¡Por el bien común!

Carlos no dudó en echar la ronda, además mi amiga le dio un golpe en la espalda para que lo hiciera rápido mientras él, no dejaba de reír ¿Sería yo la causa? En fin... ya me hacía estragos las copas.

Joder... ¿Cómo me podían poner esa música? ¡Romeo Santos! Ya moría de amor, directamente moría.

Me subí encima del sofá balinés, cogí mi copa y comencé a mover mi cuerpo a ritmo de “Inocente”, mi amiga me tiró una foto que era la caña, se me veía con las antorchas detrás y el blanco de la rinconera.

—¡Fotaca para el Facebook! — dije sin parar de bailar mientras mi amiga me la enseñaba sin levantarse.

—Etiquetarás por lo menos al hotel, ¿no?

—Mira Carlos, si quieres publicidad me la pagas — solté con sorna, a sabiendas de que no le hacía falta eso y menos de mí, que me seguían los justos y necesarios en mi perfil privado, en el perfil de los eventos era otra cosa...

Pues sí, funcionaba eso de la gente bailar encima de los sillones, pues no tardaron en hacerlo más gente al descubrir que yo lo hacía.

—La que has liado, amiga — reía mirando la que había montada.

—Al final la voy a tener que contratar de animadora.

—Carlos ¡Qué te calles! — Me puse el dedo en la boca mientras seguía bailando.

—Vale, vale —levantaba las manos riendo.

En ese momento que bailaba hice un giro emocionada con la mano que sostenía la copa y claro... ¡A los dos que fue el líquido!

—¡Me cago en tu vida!

—Lorena, tranquilita, que esto se seca — dije aguantando la risa mientras seguía bailando.

—Voy al baño...

Se levantó enfadada y como alma que lleva el diablo, se fue para secarse, frotarse o lo que quiera que fuera. Yo miré a Carlos, llevaba unos lamparones en la camisa que estaba para meterlo dentro de una lavadora directamente.

—Tengo ropa, por ahí te vas a librar — dijo levantando el dedo y señalándome sin perder la sonrisa —. Ahora vengo.

—Tampoco hace falta, tú a tu ritmo — sonreí con ironía.

Se fue negando y riendo, si es que estaba para echarle un polvo, comerle toda esa cara y luego devolvérselo a su puñetera madre, esa que me caía como el culo, menos mal que gané en salud al dejar de verla.

¡Viva la vida! Qué bonita se veía desde ahí en lo alto, con mi copa en mano y bailando a ritmo de bachata ¿Podía ser mejor la noche? Al final iba a tener razón mi amiga que, por cierto, no tardó en volver con cara de pocos amigos y advirtiéndome que, si le tiraba una copa más encima, me iba a tragar toda la arena de la playa, un poco bestia sí, pero yo... ¡Yo, a bailar!

Carlos apareció más guapo todavía, hasta me estaba poniendo cachonda, encima nos echó una ronda más de chupitos ¿Podía ser más elegante?

Piensa, Sonia, no puedes ahora recular, Carlos te hizo daño... Me lo repetía, pero nada ¡Qué bueno estaba! Y encima como follaba el tío...

Lorena intentaba ser amable, ella quería poner la cordura entre los dos, aunque yo a estas alturas de la noche ya iba por libre, ni me importaba que estuviera él ahí, ni mucho menos que me mirara sonriente, señal que lo estaba poniendo a tope.

—Carlos, el servicio está decayendo — señalé a mi copa.

Sonrió y levantó la mano causando que un camarero se personara inmediatamente, le pidió las copas y no tardó en traerlas.

Una copa y otra copa, baile por aquí, baile por allá...



Capítulo 3

—Me muero — murmuré intentando abrir los ojos. Sentía una ardentía que me quemaba toda la garganta.

—Normal, si te bebiste hasta el agua del mar — escuché decir a mi lado a Lorena ¿Qué hacía esta a mi lado?

—¿Dónde estamos? — No podía ni abrir los ojos, ni recordaba nada, eso era lo peor.

—En el hotel de Carlos, nos cedieron esta habitación.

—Dime que él no está aquí — me referí a la habitación.

—No debe andar muy lejos, se quedó en otra y tú, levanta, dúchate, que tenemos barra libre en el desayuno.

—No me puedo mover, paso, que me lo suban aquí, además no voy a ir con los taconazos, el vestido de fiesta y de esa guisa.

—Tenemos ropa, ya fui a coger a mi casa de todo en taxi, me volví en mi coche, son las once de la mañana y me desperté a las ocho y media, me tomé un café y fui un momento.

—Joder, no duermes nada — aun ni abrí los ojos.

—Dormí de cuatro a nueve, luego me echaré una siesta, nos dejaron la habitación y los servicios del hotel en plan, “todo incluido” hasta que queramos, o sea, hasta mañana, es sábado y no tenemos nada mejor que hacer.

—Llama a Carlos y pónmelo en la oreja — exigí.

—No se la vayas a liar, por favor, que se está portando muy bien.

—Pues por eso, lo voy a invitar a desayunar.

—Espero que no la lías — reía mientras hacía lo que le había dicho de ponerme su móvil en mi oreja mientras yo, seguía tirada sin poderme mover.

—Buenos días, Lorena ¿Estáis bien?

—No soy Lorena, soy Sonia, tu ex ¿Te acuerdas? A esa que dejaste por otra, pero tranquilo que no te llamo por eso, quiero invitarte a desayunar en la habitación con nosotras.

—Vaya, ya desayuné, pero gustosamente repito.

—Pues trae bastante café, tostadas, repostería, zumos y todo lo que pilles.

—Ahora mismo llamo al servicio de habitaciones — se le escuchó una leve risa.

—Pues entonces nos mandas a ese y tú te quedas donde estás — le colgué.

—Hija, como lo tratas...

—¡Calla coño!, que yo sé cómo hacerlo, verás como aparece con el carrito.

Me levanté y me fui a la ducha, eso sí, antes me dio un bikini rosa claro precioso y un vestidito veraniego de lo más bonito para estar por el hotel, era verano así que había que aprovechar la piscina, playa y todo lo que pudiéramos.

Me miré al espejo y tenía ojeras, mala cara, la cola del pelo ya no era una coleta sino un arbusto sin podar, un desastre, así que me metí en la ducha y comencé a enmendar todo lo que medianamente pudiera.

Escuché a Carlos un rato después entrar en la habitación, así que salí del baño con mejor aspecto, pero un dolor de cabeza que me moría por lo que esperaba que la pastilla que me acababa de tomar hiciera efecto lo antes posible.

—Buenos días, ¿has traído todo esto tú?

—Yo mismo, vine con el carrito, ¿verdad? — Miró a Lorena.

—A buena vas a preguntar... — solté mientras ella afirmaba— Esta con tal de callarme, te dice a todo que sí— resoplé.

—Lo trajo él, así que toma el café — me lo puso delante —, la tostada y ¡calla! — exclamó riendo.

Estábamos en la terraza de la habitación, el día era una pasada, de esos que te dan ganas pasarlo tumbada en una hamaca y que te lo pongan todo por delante, vamos, como era lo que pintaba el día, ni más, ni menos.

—Imagino que solo quedaremos de los invitados de ayer Lorena y yo, ¿no?

—Claro, no le doy un trato VIP a cualquiera —me hizo un guiño.

—No me seas zalamero, que te conozco... — mordisqueaba emocionada esa tostada.

—Hoy os he reservado una cama balinesa al lado de la piscina que está más pegada a la arena de la playa, frente al mar, para que no os quejéis.

—Yo no me quejo, ¿eh? —dijo Lorena.

—Menos yo, para lo que debería de hacer — volteé los ojos.

—Bueno, hoy nos vamos a comportar con Carlos, que se está portando muy bien con nosotras — dijo mi amiga tocaba mi mano a modo de advertencia.

—Un angelito el niño — dije a modo de burla.

Carlos sonreía todo el tiempo, me conocía bastante y sabía cuándo sí o cuando no estaba verdaderamente enfadada, en ese momento sabía que estaba en nivel de aguante uno, el dos era más intenso y el tres era una bomba atómica.

Tras el desayuno nos fuimos hacia esa cama balinesa, Carlos fue a hacer no sé qué, ni me había enterado, yo solo quería mi cama y tirarme ahí al sol y a vivir el día.

El móvil sonó y recordé que no había llamado aún a Lucas, obvio que era él para hacerme saber que me echaba de menos ¡Me lo comía!

Me estuvo contando que se iba a la playa con la tía y que luego se iban a ir por la noche a cenar a un Burger King. Estaba de lo más feliz, ella lo consentía en todo, eso sí, me puso hasta el horario de recogerlo al día siguiente que era domingo, a las siete de la tarde.

Se estaba de lujo y la resaca ya había desaparecido por completo, mi amiga estaba charlando en la barra con un chico que había conocido en ese momento, a ella si la dejabas sola hablaba hasta con las farolas.

Un camarero se acercó por enésima vez y ya le dije que sí, que me trajera un coctel granizado de ron con frambuesa, tenía una pinta increíble, desde que lo vi en la carta sabía que ese lo tenía que probar.

Pasé una mañana de escándalo, de la cama balinesa a la piscina y de la piscina a la cama, de vez en cuando a la barra que había dentro de la piscina, me tiré mil selfis y subí uno chulísimo a la red.

Carlos apareció al final de la mañana y se sentó en el borde de mi cama.

—¿Ya me vas a desbloquear de todos lados? — sonrió, dando un trago a la copa de vino blanco que traía en la mano.

—No, solo de llamadas, para cuando hagas otra fiesta me invites — sonreí con ironía.

—¿Y del wasap?

—Menos, eso te lo tienes que currar una barbaridad y si es para las redes, ya ni te cuento ¡Te cagas! Si quieres saber de mi vida, te lo tienes que ganar y no de cualquier modo.

—¿Y qué tendría que hacer? — Arqueó la ceja.

—Estaría bueno que yo te lo tuviera que decir... — reí.

—Te he sacado una sonrisa...

—Me has cogido de buenas — sonreí con amplitud.

—¿Te apetece una mariscada en la playa?

—Claro, ves, ya tienes un punto para lo del wasap, eso sí, a ver si Lorena se despega de ese — señalé hacia donde seguía hablando con aquel chico desconocido.

La llamé sin chillar mucho, pero me dijo que me fuera yo, eso me lo temía, me dejaba sola con Carlos, pero vamos, tampoco es que me disgustara mucho, me estaba volviendo hasta sentimental,

pensé bromeando.

La comida fue amena, divertida, la verdad es que me hizo reír contándome muchas cosas, no dejaba de preguntarme por Lucas también, él lo quería mucho y el pequeño lo adoraba, siempre me preguntaba por Carlos, aunque yo le hacía ver que estaba fuera por motivos de trabajo y que ya no éramos novios, solo hacía ocho meses que habíamos roto.

Después de comer le dije que me iba a dormir una siesta, quería coger fuerzas para esa la noche ya que, iba a haber animación en el restaurante de la playa donde quedamos en vernos a las nueve para cenar.

Sin rastro de Lorena, entré en la habitación y me eché a descansar, en el fondo me estaba poniendo de lo más tonta con Carlos y no podía ser, con cualquiera menos volver a caer con mi ex.



Capítulo 4

El móvil sonó y me di cuenta de que seguía sin rastro de mi amiga, pero yo me iba a ir adonde había quedado con Carlos, estaba claro que para postre me valía, así que le tocaba distraerme.

Joder hasta yo misma estaba alucinando con la buena actitud que me llevaba ese día, pues del anterior... Del anterior me acordaba bien poco.

Ahora tocaba el dilema. Mi amiga había traído ropa para un mes ¡Ni que nos fuéramos a instalar aquí! Rebusqué y lo vi claro, una falda corta de volantitos pequeños en color negra, con una camiseta preciosa del mismo color.

Me duché, me preparé y lista para volver loco esa noche a Carlos, así mismo, iba a ir en plan bipolar, de alguna manera le tenía que hacer pagar una parte de lo que me hizo ¡*No ni ná!*

Estaba guapísima, por favor, me miraba al espejo y me daban ganas de comerme. Se me ocurrió algo...

Me dirigí al minibar, saqué una botella pequeña de champán, me la serví en la copa y salí a la terraza a mirar hacia el mar, justo donde ya relucía el restaurante con sus antorchas y ese glamur que le daba aquella impecabilidad.

Relajada, sin prisa, que esperara... ¡Ahora!

Yo tenía un serio problema y es que era muy cabezona, cuando se me pasaba una idea por la mente la llevaba hasta el final, así que, ahora lo tenía claro esta iba a ser mi gran noche.

Me dirigí caminando recta, hombros hacia atrás, con una sonrisa a todos los empleados que me cruzaba y llegué al restaurante, a la zona del bar de la playa donde Carlos, estaba apoyado en una parte de la barra, mirando hacia mí con una sonrisa de lo más bonita mientras me acercaba a él.

Me acerqué, me fue a dar un beso y yo se lo di en los labios, para sorpresa de él y del camarero que luego me puso la copa sonriente.

—Vaya... —Me miró sonriente con la ceja levantada sabiendo que esa actitud mía, podía ser una trampa y es que me conocía...

—Vaya qué, ¿hermosura?

—¿Un vino? — dijo cambiando de tema.

—Claro... — me mordisqueé el labio haciéndome la inocente.

Carlos negó sonriendo y pidió que le rellenaran su copa, además de servir la mía. Nos fuimos a una de las rinconeras con mesas que había por la playa y no tardaron en traernos unos entrantes de esos que son total delicatessen.

—Entonces, ¿me has desbloqueado del teléfono y no del wasap?

—Así mismo — choqué mi copa con la suya.

—Esta noche me ganaré que me desbloquee.

—Puede... — Hice un gesto con la cara haciéndome la interesante.

—Sabes que me arrepentí de corazón de lo que hice...

—Claro, la otra te mandó a tomar por culo — sonreí ampliamente.

—No es eso, incluso antes de que me dejara sabes que hice dos intentos por hablar contigo.

—¿Y quita eso culpabilidad a tu asqueroso comportamiento? — Ya me iba a venir arriba, si es que me conocía, no podía ser, hoy tocaba hacerme la bipolar.

—No, no la quita, pero daría lo que fuera por volver atrás y valorar lo que tenía, os echo mucho de menos a Lucas y a ti.

—Tranquilo, algún año de esto podemos intentarlo — aguanté la risa.

—No seas mala... — decía con esa media sonrisa mirándome de forma penetrante.

—Yo, mala ¡Tendrás morro! — reí.

—Si solo te vas a regir por eso tan malo que hice, jamás me podrás mirar con buenos ojos.

—Con los que tengo, cariño —reí.

—¿Cuándo me vas a dejar ir a ver a Lucas? — carraspeó mientras cogía una mini tosta.

—Nunca te lo prohibí, por ahí no... — advertí riendo.

—Pero si no me coges el teléfono, encima me lo bloqueas al igual que todos los medios para comunicarme contigo, ¿cómo voy a ir?

—Llamando a la puerta — me encogí de hombros.

—Sabes que fui más de diez veces — rio negando.

—Es verdad, pues hubieras ido once, en esa, seguro habría abierto — levanté las palmas y eché la cabeza hacia un lado.

—¿Me prometes que me dejarás ir un día?

—Déjame pensarlo — le hice un guiño.

—¡Pechá de buscaros! — gritó Lorena, acercándose a nosotros vestida como por la mañana.

—¿Tú no te duchas y arreglas? — pregunté a medio bronca mientras Carlos se reía.

—Si es que me fui con John — ya por fin me enteraba del nombre de su ligue — a su habitación a darnos una alegría — cogió mi copa y le dio un trago — y luego me di cuenta, vamos, hace diez minutos — irrumpió para aclarar — que no tenía las llaves, la mía la dejé en el cajón de mi mesita de noche.

—Tú como siempre... — reí dándole mi llave — Ahora me la traes, que te conozco...

—Sí, antes de irme con John a cenar al restaurante del jardín, por cierto, esta noche duermo con él.

—¿No me digas? — pregunté con ironía como si ya no lo hubiese imaginado.

—Sí y además me ha invitado a quedarme toda la semana con él aquí, ya que está de vacaciones y tiene una suite — gimió mordiéndose el labio.

—Que te quedas, vamos... — reí.

—Por supuesto, John está como para desaprovecharlo... ¡Ni mijita!

—Al final voy a coger al niño mañana y me lo traigo para acá una semana también — reí.

—Claro, tía. Ahora vengo — se fue tocando las palmas de lo más emocionada.

Miré a Carlos que sonreía negando.

—Aquí que te la dejo una semana — reí.

—¿Por qué no haces lo que dices y te vienes con Lucas?

—No me lo digas dos veces, es más, yo con traerme el portátil puedo trabajar desde aquí — reí emocionada con la idea.

—Podéis quedaros en mi suite.

—¿Y tú te vas a tu casa?

—No, yo me quedo con ustedes — rio.

—No sé yo si será buena idea, aunque así me puedes hacer un poco de canguro y yo relajarme — volteé los ojos con resignación.

—¡Hecho!

—Verás que me veo viniéndome... — respondí a sabiendas que tenía claro que este me iba a pagar unas vacaciones en el hotel, ¡vamos que si me las pagaba!, para eso era de él y se merecía pagar por todo. Evite reír con mis pensamientos.

—Yo también lo veo... — sonreía con esa cara sensual que solo el jodido podía tener — Si quieres mañana te acerco por tus cosas y por el niño.

—No lo descarto — lo señalé con el dedo mientras el reía con mi descaro.

La verdad es que yo me había llevado una decepción muy grande con Carlos y me costaría la vida

volver a confiar en él, pero en honor a la verdad, él siempre me trató con mucho mimo, nos cuidó mucho a mi hermano y a mí, pero un día conoció a alguien y se le fue la pinza, tirando por tierra todo lo bueno que había tenido con nosotros durante unos años.

Y volviendo a lo de venirme... Para ser sincera había dos cosas por la que me apetecía: una por Lucas, que le haría ilusión reencontrarse con Carlos y también disfrutaría en el hotel como un mocoso que era. Por el otro lado era salir de casa, disfrutar del entorno, trabajar con el portátil en una hamaca o en la terraza de la habitación y también, ¡mira!, aunque tuviera claro que no iba a volver con Carlos, lo que si haría sería volverlo loco esa semana. Me apetecía un poco de marcha en mi vida...

Un rato después apareció Lorena para darme las llaves y decirme que se había llevado todo para la suite, y que me había dejado ropa para el día siguiente. Le dije que yo también me venía y la cara de Carlos era para grabarla, se le dibujó una sonrisa al comprobar que le confirmaba a mi amiga que también me quedaba.

Nos quedamos a solas de nuevo, la cara de él reflejaba esperanza, no era cosa mía, ni de las copas que ya llevaba de más, era que lo transmitía y eso me hacía sentir halagada.

—No veas si ligarás aquí — solté como la que no quería la cosa.

—Un día me di cuenta de que no quería que me besaran la piel, prefería volver a estar donde me besaran el alma...

—¡Joder como está hoy Pablo Neruda! — reí — De todas maneras... ¿Dónde quieres volver? — Me hice la despistada.

—A ti, siempre tengo la esperanza de volver a ti — dijo con tono sincero, al igual que me decía que me quería y luego se fue con otra ¡A mí no me la volvía a dar!

—Lo veo muy oscuro, vamos yo diría que, tirando a negro, pero quién sabe si algún día nos podemos hasta llevar bien y ser amigos — sonreí con ironía.

—Me sería muy difícil ser amigo de alguien a quién amo...

—Joder hijo, pues nada, mucha suerte — reír provocándole una preciosa sonrisa.

Estuvimos allí sentados hasta las dos de la mañana, me propuso trasladarme ya a su suite y le dije

que mejor cuando recogiera al niño, porque no me fiaba de él, así, sin anestesia.

Me acompañó hasta la habitación y quedamos en desayunar juntos por la mañana.

Esa noche me acosté con la sensación de ir en la dirección equivocada, pero es que me sentía bien así, me apetecía vivir el momento, eso sí, sin que pasara nada, eso lo tenía claro y bien decidido desde hacía mucho tiempo.



Capítulo 5

Me desperté con una llamada perdida de mi tía, sabía que era mi hermano así que los llamé y le comenté a mi tía todo, por supuesto me dijo que pasara por él cuando quisiera, el tiempo de desayunar, ir a mi casa a por la ropa de los dos y lo recogería.

Mi tía quería mucho a Carlos, así que hasta le hizo gracia que me encontrara en su hotel y estuviéramos hablando de nuevo, decía que luego lo saludaría.

Recogí la ropa del día anterior, mis cosas y me vestí, menos mal que mi amiga me dejó una bolsa chula para meterlo todo.

Me dirigí con mis buenas gafas de sol hasta el restaurante, a lo “Pantoja total”, anda que no me quedaba una buena semana por delante como para andar amargada.

Carlos sonrió al verme, no era para menos, si es que al final iba a ser yo la que le regalara la semana de su vida con mi presencia, hasta me debería pagar por ello.

Desayunamos de lo más amigables, tras ello fuimos en su coche a mi casa a coger las cosas.

—Sigue todo igual —dijo observándolo todo.

—Ni que hubiese pasado una década —reí.

Se quedó en el porche tomando un café mientras yo preparaba la maleta con las cosas de Lucas y con las mías, en resumen, dos maletas hasta la bola, por si se ampliaba la cosa, nunca se sabía, me reía yo sola de pensarlo.

—¡¡¡Sube para bajar las maletas!!! —grité por la ventana que daba a dónde él estaba, desde la planta de arriba.

Miró hacia arriba y sonrió levantándose, pues claro que me iba a ayudar, es más, me iba a bajar las dos, como seguidamente hizo, claro está.

Salimos hacia la casa de mi tía, aparcamos fuera y al entrar, el pequeño salió corriendo y gritando el nombre de Carlos, se tiró a sus brazos para que lo cogiera y se fundieron en un fuerte abrazo.

Mi tía nos hizo pasar y nos invitó a un refresco, luego nos despedimos y salimos con Lucas, que iba de lo más emocionado a disfrutar de esas improvisadas vacaciones.

Llegamos al hotel y me encontré a mi amiga, le di la bolsa con todo lo suyo para que lo mandara a lavandería y quedamos en vernos por allí.

Subimos a la suite de Carlos, yo la conocía, era desde siempre la suya, ahí no se alojaba nadie más que él. Era impresionante, el pequeño no paraba de corretear por ella mientras yo lo colocaba todo en uno de los armarios, allí hasta se podía patinar, era más grande que mi unifamiliar, una pasada en forma de ático que ocupaba una gran parte del edificio y las vistas... ¡Impresionantes!

Nos cambiamos y nos fuimos a la zona de la piscina donde teníamos en exclusiva una cama balinesa junto a todas las comodidades, lo bueno era que, al ser un hotel exclusivo, no se apreciaba el bullicio tan grande que se veía en otros hoteles, así que, eso era vida y lo demás tonterías.

Carlos tomó el mando con el pequeño y ya se volvieron de nuevo inseparables, jugaban en la piscina mientras yo disfrutaba de un coctel y escuchaba música por los auriculares, estaba en la gloria.

Mi amiga a lo lejos me vio y vino a verme, llegaba junto a John, al que no tardó en presentarme, él se fue a la barra de la piscina a sentarse, por donde estaba Carlos y Lucas, que desde el borde Lorena los presentó.

—Me he enamorado — dijo sentándose en el filo de la cama y quitándose el coctel de las manos.

—Siempre te enamoras y no te dura más de un mes, aunque este imagino que te durará la semana que duren las vacaciones.

—Que va, a este lo secuestro y lo dejo en España, es de Londres, vamos, a tres horas de mi casa — dijo refiriéndose en avión, pero ella era así de quitar hierro al asunto y hacer creer que eso no tenía importancia.

—Eso a tres horas de tu casa, más las dos que se pierde en el aeropuerto y el embrollo de...

—¡Calla, coño! — Levantó su cara indignada — ¡Qué complicada eres! — volteó los ojos.

—Soy realista, de todas formas, una ida y vuelta sería suficiente para luego como con todos, decir que ya no te gusta — reí.

—Este es diferente, no solo se hincha mi zona, también mi corazón — soltó provocándome una carcajada ¡No podía con ella!

—Veremos el Jonathan ese cuanto te dura.

—¡Es John!

—¿Y si es de barrio? — pregunté bromeando.

—¡Qué te den! — Me sacó el dedo y se fue hacia él.

Lucas vino hacia mí emocionado, decía que Carlos que, por cierto, venía tras él, le había dicho que íbamos a comer una hamburguesa especial de la casa que era la mejor del mundo.

—Todo lo que se hace en el imperio de Carlos, es lo mejor del mundo y no lo desafíes que le da un chungo — dije al pequeño bromeando para ver la cara de Carlos.

—No todo es lo mejor, pero si yo le digo que aquí le van a hacer la mejor hamburguesa del mundo, es que se la van a hacer — miró al pequeño.

—¿Lo ves? ¡Ya me está entrando hambre! — reía pegándose a mi pecho.

—Pues ahora mismo te pido una y que te la traigan aquí — le hizo un guiño.

—Que sean dos, no me voy a quedar mirando — hice un gesto de burla.

—¡Pues que sean tres! — Se apuntó rápidamente.

Además, yo ya tenía ganas de comer y si era ahí mejor...

Carlos, se acercó a Lorena y John para preguntarles si querían, les dijeron que sí, así que se lo encargó al camarero que ya tenía al lado, como no, veían al jefe y estaban pendiente a que no faltara de nada.

—Mamá, dice Carlos que nos vamos a quedar todo el verano aquí.

—¿Eso te dijo?

—Sí, que tú le estas perdonando el que él se fuera a trabajar todo este tiempo.

—Claro, yo ya lo estoy perdonando, pero no por eso me voy a quedar todo el verano aquí, que en casa también se está muy bien.

—Pero no tenemos piscina — reía.

—Si, tú tienes la que te compré — lo miré en plan regañina.

—Esa es de mentira, además, aquí nos dan de comer y beber todo lo que queramos.

—¡Ni que en casa no se te diera lo que pides! — reí.

—Pero aquí es cualquier cosa y a cualquier hora, hay de todo.

—Ya te entiendo, pero podemos hacer una cosa... —Puse cara de estar pensando — Te puedes quedar medio verano aquí con Carlos y medio en la unifamiliar conmigo.

—Mamá, yo contigo siempre — decía con rotundidad riendo.

—Te como, mi lindura, no se puede ser más bonito — dije mientras le agarraba la cara y me la comía a besos.

Carlos se acercó y se sentó en la hamaca que había al otro lado de la mesa que nos separaba y donde íbamos a comer.

—Me ha dicho un pajarito que has dicho que nos quedamos aquí todo el verano — carraspeé mirando a Lucas, que reía con las manos puesta en la boca.

—¿Un pajarito? —Levantó la ceja siguiéndome la broma — Ya no lo dejaré volar más por aquí — me miró aguantando la risa.

—Se lo he dicho yo — dijo riendo con sus manitas en la boca y nervioso, pero él no iba a permitir que no dejara volar a los pájaros por el hotel, bonita era, amaba todo lo que tenía vida.

—Ah vale, pues si mi amigo Lucas lo ha dicho, es que lo dije yo, asumo mi culpa y os brindo la posibilidad de alargar vuestra estancia el tiempo que creáis oportuno y deseáis. Para mí será un

honor teneros como huéspedes.

—Y en tu suite, anda que no sabes lo que dices — reí.

—Mamá nos podemos portar bien y así nos deja ahí.

—Tranquilo que, aunque nos portemos mal o bien, vamos a quedarnos ahí hasta que nos dé la gana.

—¿Lo ves? Manda tu madre — rio negando.

Nos trajeron las hamburguesas, impresionantemente preparadas y elaboradas, presentadas con toda la meticulosidad del mundo, era para darles un premio, la verdad que sí y el sabor... Bueno el sabor era de otro nivel, sublime.

—Por cierto... Y tus padres, ¿qué tal? — pregunté buscándole la lengua, sabía de sobra que su madre y yo éramos las enemigas publicas número uno, no nos soportábamos. Me lo puso tan difícil que cuando quiso arreglarlo un poco, yo ya había sacado las armas y bueno, eso era una guerra de indirectas que iban directas a la yugular.

—Pues mira, como te dije me preguntan mucho por ustedes y, por cierto, se me olvidó decirte que siguen viniendo a desayunar de lunes a viernes.

—Vaya, mañana tenemos fiesta — puse cara de fingir una sonrisa, provocando una carcajada en los dos que me habían entendido perfectamente.

—Puede ser bonito después de un tiempo sin veros...

—Mira Carlos, tu madre ni, aunque naciera de nuevo me caería bien, es muy estirada, como madre será para ti la mejor del mundo, pero como suegra, como persona y como mujer, te digo que es una engreída y que mira a todas por encima del hombro, así que de bonito...

—Menos mal que mi padre sí te cae bien — puso cara de asombro.

—Es buena gente y tiene el cielo ganado con la cruz que carga de tu madre — me encogí de hombros.

—Bueno, espero que si os veis reine la cordialidad — puso cara de indignación.

—Siempre reina, ya sabes que nos sale la mejor de nuestras sonrisas... — sonreí con ironía.

—Si, sobre todo las más naturales... — reía indignado.

Pasaron toda la tarde Carlos y Lucas jugando en la playa, además de en la piscina, yo con mi música, mis cascos y disfrutando de la infinidad de cocteles que había en la carta.

Cuando comenzó a caer la noche fuimos a ducharnos, cambiarnos y a cenar a un restaurante de los jardines, esa noche nada de playa, además, el pequeño estaba agotado y se quedó dormido encima de la mesa, por lo que Carlos lo cogió en brazos y nos fuimos a la habitación.

Nos pusimos cómodos y nos servimos una copa de vino para tomarlo en la terraza de la suite. Lucas ya estaba durmiendo plácidamente en la cama que veíamos desde donde estábamos.

Carlos estaba de lo más risueño, no perdía esa cara de felicidad, lo mejor de todo era que Lucas lo había pasado de vicio y el motivo era que él, le había dado mucho juego...

Carlos se acostó en un lado de la cama grande donde estaba el pequeño y yo me fui a la chica, vamos como le ordené, ni más ni menos.



Capítulo 6

¿Sabes ese día que te despiertas y la sonrisa te sale con naturalidad?

Pues era hoy, Lucas haciéndome cosquillas para que despertara y Carlos mirándonos con su mejor sonrisa. Podría ser una estampa de lo más idílica si no fuera por lo que hizo... ¡A la mierda la sonrisa! Pasamos a la fingida, ya me había puesto yo sola de mala leche, pero no con el pequeño, ese era el amor incondicional de mi vida.

—Mamá, ahora vienen los abuelos postizos — se refirió a los padres de Carlos, cosa que no sé de dónde se había sacado eso, pero nos hizo reír — y vamos a desayunar con ellos.

—Claro, si tu padre postizo de vacaciones se atreve a abrir la veda, nosotros vamos como campeones — dije causando una risa al pequeño que miraba a Carlos, por lo que yo había dicho de “padre postizo”.

—Dile a tu mami, que abro la veda para que mi hijo postizo vea a sus abuelos postizos.

—Mami, que dice...

—Ya, ya me enteré, tu dile directamente y sin anestesia, que luego no quiero bajas por depresión y a más de una al vernos, le puede dar y a lo grande.

El pequeño miró a Carlos a sabiendas de que me había escuchado y que él me contestaría.

—Dile a tu madre, que ambos están jubilados, que esté tranquila que no ocasionará ninguna baja.

—Pero un trauma sí — dije antes de que al niño le diera tiempo a mirar.

—Mira, dile a tu madre que, si se porta bien durante el desayuno que no llevará más de una hora, luego la dejamos tranquila todo el día, que yo me encargo de distraerte.

—Niño, pregúntale si sola completamente o vais a estar dando por saco a mi alrededor.

El pequeño miró a Carlos sin dejar de reír.

—Dile que se porte bien y luego ya veremos, de paso le dices que se vista que nos vamos ya.

—Ya veré que hago — hice una burla y cogí al pequeño para hacerle cosquillas.

Entré a cambiarme y cuando salí ya me tenía listo a Lucas, ¿ves?, esos detalles fueron los que siempre me enamoraron de él, hasta que...

—Vámonos que me pongo yo sola de mala leche — dije saliendo por la puerta —. Me vienen los malos pensamientos y me llevan los demonios.

—Vaya, lo siento... — Él sabía a lo que me refería.

Entramos en el ascensor y me miré al espejo, me quedaba genial esa pasada con la moña en el centro de la cabeza ¡Anda que no!

Veríamos a la madre, a ver de qué guisa me venía la Presley.

Los vi al fondo de la terraza del restaurante, se notaba que su hijo les había advertido de que estábamos con él en el hotel.

Su padre tan simpático nos saludó con la mano de lejos al ver que íbamos hacia ellos y su madre, con esa cara altiva y esa sonrisa que no podía ni gesticular de lo falsa que era.

La cara de Lola era más fingida por segundos, estaba luchando contra su propio mal. Al primero en saludar, tanto ella como su marido Rafael, fue al niño, eso sí, con él se notaba que no fingían y que se los tenía ganados.

Yo los saludé con aquella sonrisa que me salía por culpa de mi exsuegra “la bruja”, desde luego solo le faltaba la escoba y la verruga en la nariz ¡Qué asco de mujer! Era lo más estirado y altivo del mundo ¡Ni que fuera la hija del Rey! En fin... Intenté relajarme y seguir fingiendo como tan bien yo sabía hacer.

—Estás más rellenita — dijo Lola, mientras nos sentábamos.

¿Mas rellenita? Esa mujer quería una hostia a mano abierta que le aclarara las ideas. Cogí aire antes de contestar, pero ya la cara de Carlos, era blanca como una tumba de mármol.

—Lola, precisamente eso lleva diciéndome su hijo todo el fin de semana, que he echado un cuerpazo de esos que vuelve loco a los hombres y que estaba espectacular, yo también me veo más mujerona, me encanta el aspecto que cogí — fingí para joderla, no había cogido ni cien gramos... ¡En fin!

—Si él lo dice... — dijo con esa cara de asco, mirándome de arriba abajo y eso que estaba sentada.

—Mamá que tal si pasamos a preguntarnos como estamos, lo bonito que es el día...

—Tranquilo Carlos — dije sonriendo para soltar la más grande — es normal que a mi edad tenga esos cambios que proporciona la juventud y que le pueda llamar la atención, no dijo nada malo —, yo sí que la acababa de llamar vieja sin despeinarme.

—Yo no cogí nunca ni un gramo... — Ya ni sonreía la hija de la gran china, por no decirle por respeto otra cosa.

—Bueno, en su época no había lo que ahora hay, era más normal estar siempre como un fideo — suspiré haciéndome la... ¿Ingenua?

—En mi época nos cuidábamos más, lo mismo que hago ahora que estoy estupenda para la edad que tengo.

—Eso está genial, verse estupenda una misma — estaba claro que no le iba a decir que sí... ¡Sus ganas!

El desayuno lo pasó con esa cara de altivez y amargada que no podía con ella, mi presencia la jodía y mucho, pero Carlos tomó el mando de la conversación e hizo que la sangre no llegara al río ¡Lástima!

A la hora de despedirnos me fue a dar dos besos que tiró al aire, pero vamos, eso que me ahorra de contacto con ella, verla ahí durante toda la semana me iba a causar una ulcera y no iba a terminar nada bien.

Los chicos se metieron en la piscina y yo en mi cama balinesa con el portátil a ofrecer los servicios que me iban pidiendo. Ahora estaba liada con dos prestigiosas bodas y una fiesta de aniversario, lo demás, más o menos lo tenía todo encauzado, pero de estas bodas me faltaba rematar algún detalle así que, les envié unas nuevas propuestas.

Subí el portátil a la suite y luego le di el encuentro a los chicos que estaban en la playa para comer ahí y pasar la tarde.

Lucas reía al verme, sabía que algo le había dicho Carlos que no podía contener la sonrisa.

—¿De qué te ríes petardo? — Me senté junto a ellos.

—Me dijo un pajarito... — se puso las manos en la boca y miró a Carlos, mientras los dos aguantaban la risa.

—Me da que pensar que de pajarito nada, un pájaro — miré a mi ex y el pequeño se echó a reír.

—Mamá él no, otro.

—Si ya... A ver, qué te dijo ese pajarito.

—Qué mañana nos vamos a ir a un parque acuático — reía mirando a Carlos.

—¿Tú y el pajarito?

—Y tú, mami — no dejaba de reír y a mí se me caía la baba.

—Bueno, pero tendré que terminar el trabajo de mañana a primera hora.

—Nosotros te esperamos — decía con esa voccecita que te llenaba tanto de amor.

—Si es así, me lo pienso — hice un gesto gracioso con la cabeza provocando una preciosa sonrisa en Carlos y una carcajada en mi amorcito pequeñín.

—Pero antes, tenemos que ir a desayunar de nuevo con los abuelos postizos.

—Eso me hace más ilusión que ir al parque, el ver a la adorable abuelita con esa sonrisa admirable que no se le borra de la cara y esa simpatía que reboza por todos los poros de su piel — dije observando como Carlos aguantaba la risa negando y el pequeño lo miraba por lo que yo había dicho.

En la playa comimos una ensalada de pasta y fritura de pescado que tanto le gustaba al peque y que se puso morado.

Carlos me miraba todo el tiempo embobado, con esa cara de decirlo todo y no decir nada, pero él estaba encantado de que estuviera ahí, a su lado, aunque fuera en plan irónica...

Sabía que tenía algo de esperanza de que volviera a aparecer la Sonia de antes, pero eso no iba a durar, ni esta ironía que se iría el día que saliéramos por la puerta del hotel, aunque eso sí, no lo volvería a bloquear, se estaba ganando con creces al menos mi cariño, ese que en el fondo nunca había perdido, pero había dejado a un lado.

Después de la comida vino mi amiga Lorena, pues John estaba durmiendo una siesta y claro, Carlos nos vio y se llevó al pequeño, nos dejó solas en la hamaca frente al mar con dos cocteles en las manos ¿Se podía ser más caballeroso?

—Me encanta John, te lo juro — volvió con la misma película.

—Me alegro mucho, ya te queda menos... — dije con ironía.

—No seas mala, que de verdad este es diferente. Por cierto, veo a Carlos muy bien, ¿no?

—Sí, lo tengo distraído con el pequeño — sonreí con amplitud.

—Un chollo, vamos...

—Totalmente, pero su madre está viniendo a desayunar durante la semana y esta mañana nos tocó hacerlo con ella — volteé los ojos mientras miraba al mar.

—¡¡¡No!!! Cuenta ya, que te soltó esa bruja.

—Qué estaba más gorda, así, en seco ¿Será gilipollas?

—Lo era, lo es y lo será, pero ahora lo tenemos del todo confirmado ¿Cómo te puede decir eso con el cuerpo que tienes y lo bien que lo mantienes?

—Será que como ella ya no tiene mi edad, le debe chirriar mucho ver que yo puedo lucir cosas que ella no, o quizás, el saber que su hijo pueda volver conmigo la pone de mala leche, esa que lleva siempre encima.

—Joder... Y, ¿mañana también desayunáis con ella?

—Sí y con su marido, obvio.

—Pues mañana me voy a presentar yo a saludar a Lola, bueno que sí, ya hasta a mí me debe de echar de menos y como me diga que estoy gorda me como delante de ella todo el restaurante y le digo que poco para lo que trago.

—Sí, por favor, qué me quiero reír un poco, aunque nos terminaremos de cargar a Carlos, que mal lo estaba pasando el pobre, no sabía ni como cambiar el tema.

—Hablando de Carlos... No sé, pero os veo más unidos que nunca.

—Lo estamos, pero no volveré con él, es muy difícil olvidar el dolor que me hizo sentir ese día en el que me dejó por otra, obviando todo lo bonito y bueno que había entre nosotros, aún me sigue doliendo mucho. Puede que en cierta manera como persona lo haya perdonado, pero el dolor no se va, la herida no cicatriza y creo que, aunque se minore es algo que llevaría siempre encima si estuviera con él. Sería una relación basada en el dolor y los reproches que me saldrían constantemente.

—Pero tú lo sigues amando...

—Sí, ahora debo admitir que sí y que estoy pasando unos momentos bonitos viéndolo como antes con Lucas, además de esas miradas que siempre tuvo conmigo, pero no busco volver con mi ex, créeme que no.

—El tiempo lo cura todo...

—Hay heridas que jamás cicatrizan por completo, créeme.

—Yo le daría una oportunidad.

—No, no, eso sería una guerra mundial, no te digo que no desee besarlo, abrazarlo, sentirlo, que todo volviera a remontarse a antes de ese maldito día, pero nada puede borrar eso, así que no veo opción alguna a esto.

Estuvimos un buen rato charlando y luego se marchó, yo me metí con los chicos en el agua, el mar estaba en calma, era un placer estar en él.

Lucas era incansable y Carlos era peor que él, no paraban de jugar, mi niño estaba disfrutando como un enano. Si mis padres lo pudieran ver, estarían muy orgullosos de él, también de mí como

siempre me demostraron.

Subimos a cambiarnos de ropa y luego nos fuimos a cenar a las afuera del hotel donde había una zona residencial llena de todo: restaurantes, bares, discotecas, tiendas de souvenirs, de ropa, de electrónica, aquello estaba de lo más animado. Cenamos en un restaurante mejicano donde nos pusimos las botas y luego paseamos un rato comiéndonos un helado, pero ya Lucas comenzó a decaer y acabó dormido en los brazos de Carlos, de camino a la habitación.

Yo estaba rendida, esa era la verdad, le di las buenas noches y creo que tardé menos de cinco minutos en quedar en coma.



Capítulo 7

Escuchaba las risas de Lucas y Carlos, murmurándose cosas...

—Buenos días, amores míos — dije con ironía, pues mi amor solo era mi niño Lucas.

—Buenos días, preciosa — respondió Carlos, con una bonita sonrisa mientras Lucas corría a mis brazos.

Nos preparamos para salir a desayunar, sí, con mis exsuegros, con esa bruja que veríamos que me soltaba ese día, pero mira, aquí estaba yo con todo el arte que la vida y madre naturaleza me dio y la iba a poner fina filipina, con clase, por supuesto.

¡Madre del amor hermoso! ¿Como se había puesto ese vestido para salir a desayunar? ¡Ni que fuera de fiesta! En fin... Más tonta y no nace.

Como siempre me miró con esa cara altiva que daban ganas de tocar las palmas contra ella para reaccionara, eso sí, con Lucas se volvía toda amor y halagos, quizás para demostrar a su hijo que sería una excelente abuela ¡La muy bruja!

Lo mejor de todo justo cuando nos sentamos, es que apareció mi amiga Lorena, la cual se hizo la sorprendida al ver a Lola y Rafael. Esa sí que sabía hacer bien su papel...

—¡Pero Lola! Que inmensa alegría me da volverla a ver — dijo poniéndose las manos en la cara en un gesto de lo más exagerado.

—Hola, Lorena, a ti sí que me da alegría verte — dijo la muy bruja refiriéndose a mí, como que no, hasta a Carlos le cambio la cara.

—Bueno veo que estás en la mejor de las compañías ¡Si es que mi Sonia a parte de un amor es un bellezón en todos los sentidos! — dijo sentándose con nosotros.

—Bueno... — bueno decía, para matarla.

—Pues no me lo puedo creer, que alegría verla Lola y a su marido, Don Rafael — lo miró — que, por cierto, que elegante, simpático y guapo está siempre este hombre — soltó causando que la cara de esa mujer fuera el mejor de los poemas.

—La verdad es que nos conservamos muy bien — dijo Lola, dejando claro que ella también se cuidaba. ¡La muy celosa...!

—Me he quedado impactada con Don Rafael — recalcó mi amiga —. Es verdad que los hombres siempre aparentan menos edad — para cabrona Lorena, que bien lo estaba haciendo.

Carlos se distraía hablando con el pequeño, yo creo que no quería ni entrar en la conversación, sabía que, a lo más mínimo, explotaba una guerra mundial de esas que sería muy difícil de frenar.

—Ayer le dije a Sonia que la veía más rellenita y ahora observo que tú también, que curioso... — Esa mujer no sabía que, si quería jorobar, pero la única que iba a salir escaldada era ella.

—¿Mas gorditas? — Lorena se levantó para que la viera bien — Si tanto ella como yo estamos hechas unos pinces, de verdad Lola, con el dinero que tiene y que no lo emplee en unas buenas gafas... — le dijo en tono gracioso queriendo quitar hierro, pero soltándola bien.

—No creo que sea mi vista, la tengo bastante bien — su cara era de puro cabreo.

—Pues si no es su vista, no sé qué será, pero de que tenemos unos cuerpazos lo tenemos, vaya que sí. Además, Sonia se hizo modelo de una importante firma — ¡La de Dios! Se había pasado un poco.

—Hoy en día cogen a cualquiera — soltó sujetando el café y sin despeinarse.

—¿Me llamó cualquiera? — pregunté en bajito en el oído de Carlos.

—Coge aire y respira — me respondió en el oído—, te lo compensaré.

—Ya te digo, porque esto es para formar aquí un espectáculo — volví a murmurar en su oído.

Esa mujer era todo lo anti-Sonia que podía ser, no le veía nada bonito y es que se lo había ganado a pulso...

Y bueno, echamos el desayuno de aquella manera entre dimes y diretes e indirectas que no dejaban de cesar.

Cuando salimos de ahí, Lorena y yo nos echamos a reír por completo, Carlos nos miraba sonriendo, mirando a Lucas que no paraba de reír con las manos en la boca. El niño se daba cuenta de todo, aunque se hiciera el sueco.

Nos tomamos en el bar de la piscina otro café mi amiga y yo, mientras los chicos jugaban con el móvil de Carlos, luego mi amiga se despidió y se fue junto a John, que por lo visto seguía dormido.

Me despedí de ella quedando en que al día siguiente por la noche se quedaría a Lucas, para yo poder salir un poco por la playa a tomar algo, cosa que decía que le venía de lujo, así la veía John en lo que sería su faceta de madre ¡Para matarla! Me tenía que reír sí o sí, esas cosas solo se le podían ocurrir a ella.

Después de todo el mal trago de aguantar a Lola, ya solo me quedaba revisar un poco el trabajo e irnos hacia el parque de atracciones.

No sabía cómo iba a acabar este día, sobre todo con la morsa traicionera que llevaba encima, el Carlos, pegado como a una lapa a mi chepa. Pero voy a intentar comportarme, por Lucas, por la gente del parque acuático que no tiene la culpa de nada y por mi salud mental.

Me quité la pabela cuando llegamos a la zona de hamacas en la gran piscina y vi una emoción en el rostro de Lucas, que me enterneció el alma. Era mi mundo entero, y cada vez que lo veía sonreír se me iluminaba el alma.

Muy al contrario de lo que me ocurría con el traicionero de Carlos. Él tuvo la oportunidad y la dejó escapar. No hay más oportunidades chato.

Le quité la ropa a Lucas, dejándolo con su bañador de Rayo McQueen blanco y rojo, mientras me deshacía de los pantalones de pitillo y la camisa para quedarme con un trikini de infarto que iba a poner a más de uno cardíaco en esta piscina.

Me coloqué sobre mis caderas un pareo con más agujeros que un queso Gruyere, la verdad es que no estaba nada mal. Suerte que había ido a hacerme las uñas de gel antes de venir, que si no me veo con ellas aguileñas negras y curvadas.

Coloqué sobre el cuerpo de mi pequeñín una buena capa de crema solar, que no quería haber

traído a un niño del hotel y volver con el langostino Rodolfo.

A todo esto, ni me había fijado en Carlos mientras se cambiaba para quedarse en ropa de baño, pero ahora que me fijo disimuladamente, mirándolo de reojo, me está subiendo la temperatura a nivel combustión.

Su cuerpo perfectamente trabajado en el gimnasio y su bronceado natural me hacen recordar tiempos en los cuales yo acariciaba ese cuerpo sin pudor, pero que ya no volvería a hacer, no después de esa traición, que no podía sacarme de la cabeza.

—Sonia, ¿te importa si me llevo a Lucas a que se tire en unos cuantos toboganes? Prometo no partirle ningún hueso en el intento—lo fulminé con la mirada ante el comentario.

—Si me lo traes de una pieza, podéis ir a divertirlos.

No hacía falta que dijera más, el niño empezó a saltar de alegría mientras Carlos lo cogía de la mano e iniciaban su camino hacia el Turbo Speed Tobogán, que no sé cómo puedes acabar después de tirarte por ese cúmulo de tirabuzones, pero estoy más que segura que al salir, echas la primera papilla.

Me coloco nuevamente la pabela mientras los veo alejarse y mis ojos traicioneros viajan hasta el prieto culo de Carlos. Joder, y pensar que aquello una vez fue mío...

Ese cuerpo tan duro y marcado, sus sensuales movimientos mientras se restregaba sobre mi piel, ambos desnudos, en la cama, sudorosos, dando vueltas mientras enredábamos nuestros cuerpos, colocándome sobre él mientras bailaba la danza del vientre sobre su erecto miembro y gemíamos como locos... ¡Dios!, qué calor hacía.

—Mira mami, soy como tú — ¿Cuánto tiempo llevo en mi ensoñación?

Miro a Lucas y lo veo con un par de helados pegados al pecho a la altura de los pezones. Me miro los míos y los veo erectos, como uvas bien frescas, redondas y duras. ¡Mierda!, me había puesto cachonda pensando en...

Me cubrí la zona con la toalla y roja como un tomate corro a quitarle los helados a Lucas y limpiarle el pecho, ahora lleno de helado de fresa.

—¿Qué ha pasado? — pregunta Carlos que acaba de llegar.

—Mami estaba así – vuelve a colocarse los conos que había dejado en el suelo a modo de pezones.

Carlos empieza a reír de manera exagerada, mirándome y negando y a mí se me escapaba una sonrisa tímida y ladina, que rápidamente disimulé.

—No sabía que iba a hacer eso Sonia, te lo prometo. Le dije que te trajera uno mientras los pagaba.

—No importa, ya está arreglado. Ojalá todo fuera limpiar el helado del cuerpo para que se arreglaran las cosas, ¿no crees? Hay manchas que no se van ni con lejía, se aferran a la vida para recordarnos que están ahí y que nunca se borrarán ¿No crees, Carlos?

No contesta, pero la sonrisa se le borra del rostro. Me centro de nuevo en Lucas y cogiéndolo de la carita restriego nuestras narices, como el beso del gnomo que a mí me hacían de pequeña y le sonrío con un brillo especial en los ojos.

—¿Qué te parece si te bañas en la piscina un rato y así descansas de toboganes? — me acerco a su oído y muy bajo le digo: — Y así le haces ahogadillas a Carlos.

—Vale mami, voy a ser un poquito malo – nos miramos cómplices y se va corriendo, cogiendo la mano del que llama su papá postizo, con la rabia que eso me da.

Se meten en la piscina, previa ducha, y me saludan ambos desde el interior de esta, mientras yo estoy tumbada en la hamaca tomando el sol. Quería broncearme un poco, que parecía más leche que café.

—Mira mami, sé nadar – me llama el pequeño y cuando lo miro, veo a Carlos sujetando a Lucas para que flote.

—Ahora te voy a soltar para que lo intentes tú solo – le dice Carlos y yo me contengo por momentos.

Veo como lo suelta y se pone a chapotear como un pato mareado hasta que veo algo flotando. Oh no, mierda.

—¡Uy papi postizo!, es que me he puesto nervioso, me daba miedo solo y me he hecho caca – dice el pequeñín.

Me acerqué con uno de los conos de helado y cazo el mojón como puedo en la orilla de la piscina, con tan mala suerte que cuando el mojón se aleja e intento cazarlo a lo lejos, me caigo en el agua.

Salgo a la superficie escupiendo agua, recojo por fin el zurullo con el cucurucho y miro a Carlos con la pabela pegada literalmente en la cara.

—Carlos, ¿te apetece un helado de chocolate? —sonríó tendiéndole el cucurucho con la sorpresita dentro.

Los tres nos reímos y con disimulo tiro la sorpresita en una de las papeleras del parque acuático. Ya verás el de la limpieza cuando lo vea, se va a cagar en nuestros muertos.

Vaya día el mío, entre la bruja y la mierda ¡Para acostarme!

Menos mal que ya me eché en mi tajo, en esa hamaca en la que no pensaba mover el culo y hasta donde me trajeron mi menú de hamburguesa. Yo, ya pasaba del niño, de su padre postizo, de la vida y de todo, a rascarme que para eso luego me tocaban días de currar más que un reloj y romperme la cabeza.

El resto del día lo pasamos entre risas, chapoteos y alguna que otra mirada lasciva que ninguno de los dos pudo evitar. Y es que ya se sabe, “donde hubo fuego, cenizas quedan”.

Cuando volvimos al hotel fue como un derrotado, el niño entró ya en estado de sueño de los que puede caer una bomba que él ni se inmuta, yo me tiré también sobre mi cama desparramada sin poder moverme, no me quería ni cambiar de lo cansada que estaba.

Carlos entró al baño a cambiarse ya que veníamos duchados del parque y cambiados de ropa, yo lleve una bolsa con todo preparado, ¡si es que más previsora no podía ser!, una joya que el tonto este perdió por su mala cabeza, bueno realmente por pensar con el nabo, para que nos íbamos a engañar.

Era pensar en eso y me hervía la sangre, me burbujeaba y todo, era increíble el poder que tuvo ese acto sobre mí, vamos, que me iba a dejar marcadita de por vida la gracia del tonto este.

Intentaba no pensar así, pero es que me era imposible, me ponía de los nervios, me sacaba lo peor a sabiendas que tuvo muchas cosas buenas que no debía de obviar, pero es que en la mala la cagó, pero bien. Joder, mejor que me hubiera puesto los cuernos una noche y listo, me hubiera hecho menos daño, pues podía ser una locura puntual, pero dejarme por la otra como si no tuviera sangre... ¡Me mataba!



Capítulo 8

Me levanté con el cuerpo un poco de aquella manera, ya me veía a la bruja en el desayuno soltando una de las suyas y yo, no estaba para eso ese día. Es que la cogía por el cuello y no me haría soltarla ni Dios.

Abracé al pequeño que se me tiró a los brazos mientras Carlos nos miraba sonriente, sin imaginar con el mal pensamiento que me había levantado esa mañana, pero ya lo iba a cambiar, me daba pena estar pagándolo todo con él, aunque me enervaba la sangre su madre y el daño que me provocó cuando me dejó por la otra.

Me cambié y bajamos a ver a “miss simpatía” ¿Por qué cojones tenía que ir yo a desayunar con la bruja, si nadie me obligaba? En el fondo es que era gilipollas, pero no quería quedar como mal educada e ingrata, en fin... ¡Para que me dieran mucho!

Ese día no sé qué pasaba que su rostro estaba más relajado y no me tiró los dos besos al aire ¿La habían drogado?

—Lola... ¿Está usted bien? — pregunté hasta preocupada, por mi vida que no era normal que la hubiera derrotado tan rápido.

—Sí, Sonia— sonreía falsamente, pero lo hacía y eso era un avance.

—Que no me entere yo que le pasa a usted nada que me cargo a quién sea ¡Vamos! — exclamé viendo la cara de Carlos con su ceja levantada sin entender mi cambio también.

—Gracias, Sonia— seguía sonriendo, pero se le escapó un pelín esa cara de asco, solo un pelín, luego lo controló bien.

El desayuno fue así, ella mirando al pequeño sonriendo y callada como una puta, como se solía decir, pero que no hablaba ni para decir “ahí te pudras” ¿Le abría leído la cartilla Rafael? Podía ser, pero ese hombre no lo veía yo sacándole carácter a Lola, lo que quiera que fuera debía ser, pues no era normal esa tranquilidad que aparentaba.

Nos despedimos de ellos y al salir hacia el jardín miré a Carlos, que se encogió de hombros sin entender ese cambio de la madre. Me tuve que echar a reír, aquello debía ser una trampa, al día siguiente seguro que me las soltaba todas.

Ese día con el móvil me apañaba para trabajar. Así que, entre hueco y hueco revisaría las confirmaciones.

El sol me calentaba por completo sentada en la hamaca, mientras Lucas se zampaba una de esas hamburguesas por las que venderías un riñón. Si es que no podían estar más buenas. Carlos ya se la había comido y reposaba en la butaca de al lado. Yo me la había dejado para más tarde, quería degustarla de a poquito, que estaba demasiado rica para zamparla de un bocado.

Me metí en el agua con Lucas, una vez se acabó la hamburguesa.

Me dedico a chapotear con él y dejar que me haga ahogadillas, que parece que es lo que más le gusta hacer en la piscina. Carlos se une a nosotros.

— Mami, pareces una sirena — mi niño y sus ideas locas.

— Sí, soy Ariel y tú eres mi cangrejito Sebastián, que tiene siempre sus pincitas listas para hacer trastadas – los tres nos reímos.

— Y papi postizo, ¿qué es?

— Él es Úrsula, que tiene los tentáculos muy largos – le digo a Lucas cuando siento la mano de Carlos rozar mi trasero y me aparto.

— Sí mami, Úrsulo, Úrsulo – Lucas aplaude y no puedo hacer otra cosa que no sea reír.

Subo a mi pequeño en la colchoneta en forma de flamenco y le comenzamos a dar vueltas como si fuera la ruleta de la fortuna. Y sin duda lo es, es mi fortuna, porque no se puede tener más suerte en el mundo. Tenerle es que te toque la lotería.

Poco después Carlos y yo, nos salimos para tomar una copa mientras Lucas estaba tranquilo en su colchoneta. No había nadie en la piscina, con lo cual estábamos tranquilos. El único infiltrado que había en nuestro pequeño paraíso era el socorrista.

Ya estaba completamente seca, disfrutando del sol mientras leía una revista de cotilleos sin dejar de echarle un ojo a Lucas.

—Ya van tres mojitos que me pides, tú quieres emborracharme, ¿no? – le pregunté a Carlos.

— Cuando vas toda doblada eres más graciosa, estás más suelta y no tienes un palo metido en el culo, todos son ventajas, preciosa – me guiña el ojo mientras yo le doy otro sorbo al mojito.

— El palo te lo voy yo a meter de verdad y vas a ver estrellas en 3D. Aunque hasta puede que te guste, vete tú a saber... No sé si tus gustos han cambiado.

— No, me sigues gustando tú, solo tú y nadie más que tú.

— Oh, que complaciente Carlos, ¿se lo dices a todas? – Por Dios que diga que no.

— No, solo a la persona de la que estoy enamorado – se me para el corazón mientras da vueltas como si estuviera en una batidora. Apenas recuerdo que debo respirar. Lo miro a los ojos y me quedo atrapada en los suyos.

— Mami, es la Úrsula mala, viene a por mí. ¡Ayuda! – grita Lucas, pero ya era tarde.

Una señora de unos trescientos kilos se tira por el tobogán cayendo en la piscina como una bomba nuclear, creando una onda expansiva que saca a Lucas y el flamenco fuera de la piscina y ambos unidos caen frente a mi hamaca.

Él estaba bien, y aunque nosotros nos habíamos empapado, no importaba. Nos miramos y nos echamos a reír sin poder evitarlo.

— Parece que Úrsula ya está bajo del mar, cariño — le digo a mi pequeño antes de que volviera a

reír a carcajada limpia.

Lucas, después de secarse, cogió mi pareo de lentejuelas y el muy pícaro nos invitó a que estuviéramos pendientes, puesto que nos iba a ofrecer su *show*.

Nosotros, con una sonrisa en los labios, le aplaudimos para darle ánimos y tras coger mi móvil y preparar una pista de audio se presenta como el tritón de los siete mares.

Nos mantenemos serios aplaudiendo a la espera del espectáculo que se avecina. Coloca la colchoneta de nuevo en el agua y él se coloca de pie sobre ella manteniendo el equilibrio.

Me pide que le dé al *play* en el móvil y empieza a hacer la danza del vientre, como hago yo en casa con los vídeos de YouTube, para mantener la forma.

Une sus manos sobre la cabeza y baja como si se hundiera en el aire, pone cara de pez globo y mueve las caderas mientras nosotros reímos y aplaudimos como locos, hasta el socorrista aplaude.

Este niño no dejaba de sorprendernos. Carlos se sienta en mi hamaca, a mi espalda. Dice que es para observar mejor el espectáculo, pero cuando siento sus manos en mi espalda me tenso.

Me masajea con pericia, poco a poco para que me vaya relajando, hasta que siento como sus manos son una prolongación de mi espalda. Estoy tan bien, ojalá pudiera estar así toda la vida, pero no puede ser, no puedo flaquear más o verá mi debilidad y la aprovechará. No podía dejar que me rompiera el corazón otra vez.

— Carlos, para. Puedes sentarte aquí para ver mejor a Lucas, pero no te pases. No te montes películas, porque no van a ocurrir ni esto tendrá un final feliz.

La música termina y tomo la toalla para coger en brazos a Lucas y secarlo, alejándome de Carlos, siempre alejándome de Carlos, pero irremediabilmente volviendo a unirnos por ese hilo que no nos deja a cada uno seguir nuestro camino, que nos une allá donde vayamos, que nos ata de por vida.

Porque él lo había sido todo, mi vida, pero me traicionó y no le daría de nuevo mi corazón para que lo partiera de nuevo en mil pedazos.

Ya me entraba la melancolía y esas cosas cuando recordaba lo que me ocasionó, así que vuelta a reiniciar la mente para que reinara la cordialidad ese día.

Lo pasamos muy divertido y por la tarde llevé a duchar al pequeño, lo cambié y lo acompañé a la habitación de mi amiga donde le dejé a Lucas para que se encargara de él hasta el día siguiente, ahora me tocaba a mi prepararme y divertirme un poco esa noche.



Capítulo 9

Estaba tranquila, puesto que sabía que no había mejor niñera que Lorena para Lucas, aunque como John le tenía nublado el juicio estos días, no sabía cómo iba a acabar la cosa.

Salí por la puerta con un vestido bien apretado de un negro ceniza con unos Peep Toe y un recogido desenfadado. Cogí el bolso una vez me cercioro de que mi maquillaje es perfecto y salgo con una sonrisa de oreja a oreja, dispuesta a disfrutar de la cena.

Carlos me está esperando en la entrada. Iba tan guapo y sexy que provocaba derretirse.

Joder, si es que no puedo no desearlo, no hacerlo sería pecado. Mi cuerpo se siente atraído inevitablemente hacia él, pero no, no pienso volver a ser aquella tonta que cayó. Ahora tengo las ideas mucho más claras, no volveré a caer, por encima de mi cadáver, o del suyo.

—Buenas noches, Carlos — me pone el brazo para que se lo coja, también entendido como, enhebrar la aguja.

—Buenas noches, Sonia. Estás...preciosa. Para comerte y no dejar ni las raspas — me río negando con la cabeza por su comparación.

—Tú tampoco estás nada mal...— Tomo su brazo y nos acercamos hasta la mesa que tiene reservada para nosotros.

—Conociéndote, habrás pedido ya todos los platos, ¿no es cierto?

—Sí, pero como conozco tus gustos, sé que te va a encantar. No te voy a defraudar, lo prometo.

—Ya lo hiciste Carlos, ya lo hiciste – lo veo tensarse. No quiero que esta cena sea un tira y afloja, así que me voy a relajar y permitirme disfrutarla.

El metre llega para decantarnos el vino y tras probarlo Carlos y dar el visto bueno, se aleja sin emitir sonido alguno.

—Te encanta, ¿verdad? — le pregunto.

—¿El qué?

—El poder, pero ya sabes que el poder no lo compra todo – le sugiero sin poder evitarlo.

—Lo sé, por eso lo que quiero de verdad lo persigo hasta sus últimas consecuencias, no a golpe de talonario, sino a golpe de corazón.

No sabía qué contestar, así que no digo nada, solo dejo que vayan trayendo los platos y los degusto, poco a poco. Estaban tan buenos, que creía que me iba a correr de un momento a otro.

El camarero llegó por fin con el último plato, y digo por fin porque al final iba a reventar el vestido a lo Britney Spears en su etapa de cabeza rapada.

—Señor, aquí llegan las ostras que pidió — deja el plato en la mesa y se retira.

—Sonia, ¿sabes que las ostras son afrodisiacas? —me pregunta el valiente.

—Las ostras no sé, pero las hostias seguro que te dejan afro y sieco, quiero decir, seco — alzo la ceja y él ahoga una risa. Sabía el por qué las ha pedido, pero no voy a caer en su trampa.

Cuando acabamos la cena, me pidió que lo acompañara a la zona Chill Out, donde estaban preparado un conjunto de sofás alrededor de una pista y un Dj con más pastillas encima de las que sabe contar.

Nos pedimos una copa, por si la botella de vino no había sido suficiente y nos la tomamos en uno de los sofás, disfrutando de las vistas y del ambiente.

—Esto es el paraíso... — digo sin apenas darme cuenta.

—Desde luego, es el paraíso — pero él no mira el paisaje como yo, sino que me mira a mí, solo a mí, casi con devoción.

—Si me miras así me pones nerviosa Carlos, para — le suplico.

—¿Y si no quiero parar?

—Entonces atente a las consecuencias – le amenazo.

—Me encantan tus consecuencias, así que me arriesgaré – me dice el descarado.

Se levanta y deja su copa y la mía en la mesita que hay en uno de los lados del sofá. Me tiende la

mano y me sonrío.

—¿Bailas? — me pregunta.

—Bailo —me levanto y tomo su mano.

Caminamos hasta la pista de baile y es entonces cuando suena un remix de la canción de Weeknd, *The Hills*. Era nuestra canción, es nuestra canción, siempre será nuestra canción. Él lo sabe y yo lo sé.

Me toma por la cintura y nos movemos al son de la música de manera sensual, como siempre fue nuestro baile, mientras nos miramos a los ojos sin romper ni un segundo el contacto.

Sus dedos recorren mi columna y un escalofrío me recorre entera. Ahogo un jadeo y él ríe de medio lado antes de darme la vuelta y llevar mis manos a su cuello, pegándose más a mi cuerpo para que sienta lo duro que está en este momento.

—No juegues conmigo Carlos – le advierto.

—Nadie está jugando, solo estamos dejándonos llevar por nuestra canción — me contesta.

—La has pedido expresamente, ¿verdad? — lo noto asentir, aunque no lo veo, puesto que estoy de espaldas.

Me vuelve a girar, colocándome frente a él y bajo mis manos hasta sus hombros. Su rostro se encierra en el hueco de mi cuello y allí me calienta con su respiración hasta que siento como me susurra al oído.

—Eres tan sensual y deliciosa que toda la pista está mirando como mueves tus curvas, esas que son mías en este preciso instante — coloca sus manos en mi cintura y me muerde levemente el lóbulo de la oreja haciendo que una punzada viaje directamente hacia mi sexo.

Sus labios siguen recorriendo mi cuerpo, ahora en mi cuello, humedeciéndolo hasta mi barbilla, y cuando se acerca peligrosamente a mis labios, lo empujo negando con la cabeza.

—No volveré a caer Carlos, ya no – me alejo hasta la barra para poner distancia entre los dos y que él la sienta. Me pido otra bebida, porque necesito apagar este fuego que me consume entera.

—Lo siento... — dijo acercándose.

—No pasa nada.

—A veces no puedo evitarlo, quizás son mis esperanzas para...

—Para nada, lo nuestro acabó y fuiste tú quién lo decidiste.

—Lo sé, pero no puedo dejar de intentarlo.

Y yo, ¿quería que lo dejara de intentar? Me estaba comenzando a volver loca y necesitaba encontrarme, me sentía perdida, perdida en un sentimiento que se iba acrecentando dentro de mí, por mucho que lo quisiera negar.

Intenté cambiar la actitud y nos pusimos a charlar sobre Lucas, ese era nuestro cascaron de huevo cuando no sabíamos que decir.

Volvimos a la habitación a altas horas de la noche, riendo, al final la compañía había sido buena, por ambas partes, a pesar de frenar ese beso que en el fondo hubiera deseado con todas mis ganas...



Capítulo 10

Mi amiga me había dejado un mensaje diciendo que me llevaba al niño al restaurante y nos veríamos en el desayuno.

Me fui con Carlos hacia allá y su madre se le veía de nuevo más relajada ¡Esa mujer estaba bajo coacción! ¿Cómo iba a ser medio simpática conmigo?

No tardó en aparecer Lorena y el peque, me acerqué a abrazarlo y le dije a ella que hoy se contuviera que estaba rara la mujer, a ver si iba a estar mala y nos la íbamos a cargar.

Se sentaron con nosotros a desayunar y Lorena me miraba incrédula por el buen comportamiento que estaba teniendo ese día Lola, y es que eso era más raro ¿Y si estaba tramando algo? Yo de esa mujer, como que no me terminaba de fiar.

Lorena se fue temprano pues había quedado con John para desayunar, así que se fue a darle el encuentro y nosotros nos quedamos un rato más con los padres, que nos dijeron de ir un día a comer a su casa ¡Tenían fiebre! Por supuesto dije que sí, no tenía ganas de ser una desagradecida.

Nos despedimos de los padres y fuimos a llevar al pequeño un momento al doctor del hotel, pues se quejaba de que le dolía un poco la barriga y Carlos quería que lo revisaran, pero claro, lo que tenía era un empacho del día anterior en el que mi amiga le dio vía libre para comer todas las chuches que quisiera, no era nada importante, ese día un poco a dieta blanca y ya.

Nos fuimos a la habitación un rato para yo hacer en el portátil unas cosas que me eran urgente y luego ya me quedaba relajada.

No dejaba de romperme el coco pensando en lo que habría pasado para que esa mujer estuviera de tan buen humor y no soltara ninguna puya envenenada.

Lo bueno de mi trabajo es que había semanas en las que no podías hacer otra cosa que trabajar, no daba lugar a nada más. Luego venía como ahora, semanas de cierre en la que ya todo estaba aceptado y lo que no, solo era enviarles nuevas propuestas.

Nos fuimos a la playa, Carlos estaba como siempre con esa sonrisa, creo que lo de anoche le dejó un poco K.O. pero yo tenía claro que no quería volver a pasar por algo que tenía una brecha que aún no había superado del todo, esa era la verdad, pero amar no me podía negar a mí misma que lo seguía haciendo.

Iban a hacer una mañana de juegos para los pocos niños que había en el hotel, así que los animadores se lo llevaron a la zona restringida de escuela animada con parque y comerían allí, por lo que hasta las cinco, a no ser que nos llamaran porque los niños se quisieran ir, no tendríamos que ir a recogerlo.

Se quedó encantando, diciendo adiós con su manita y esa sonrisa que hacía derretirme...

Yo solo pensaba una cosa ¿Estarían mis padres orgullosos del papel que yo estaba haciendo con Lucas? Esperaba que sí, ellos no se merecían otra cosa.

Nos fuimos a la playa a sentarnos en unas tumbonas, Carlos me miraba y no hablaba, solo sonreía y eso me ponía de lo más nerviosa.

—¿Qué te apetece comer hoy? — pregunté bromeando con doble sentido.

—Pues mira, estaba pensando en que hoy podríamos disfrutar de un buen solomillo con patatas caseras.

—Casero eres tú — reí negando.

—Hoy te veo pensar mucho Sonia y eso me da un poco de miedo — levantó la ceja.

—¿Me tienes miedo?

—Bueno, no en el concepto entero de la palabra, pero te prefiero diciendo disparates a que estés callada — carraspeó.

—Pocos disparates digo para lo que me tengo que comer — tomé un sorbo del coctel de zumo que me había pedido, sin alcohol, que todos los días no podían ser fiesta.

—Dime solo una cosa...

—Tu tono de voz me hace presagiar que vas a soltar una de las tuyas — volteé los ojos.

—¿De verdad no tengo ni la más mínima posibilidad de volver contigo? —con el tono con el que preguntó, solo le faltó llorar.

Cogí aire, ese día estaba muy sensible, hasta tenía ganas de lagrimear, me sentía rara, vulnerable, tonta, con ganas de matarlo por lo que hizo y ahora nos llevaba a estar así. En el fondo lo amaba y me estaba dando cuenta más que nunca, por eso jamás pude mirar a otro hombre de manera especial, pero no podía vivir con ese sentimiento repulsivo de lo que pasó, así que dar un paso atrás y dar una nueva oportunidad a esto, no podía entrar en mis planes.

—Carlos, te voy a ser sincera... — dije sin un ápice de ironía, mientras él asentía deseando esa sinceridad — Te sigo amando — mi tono era pausado, triste, lleno de dolor — y aunque no lo creas te perdoné el daño que me causaste, pero eso no implica que haya olvidado aquello y eso, es lo que más daño me hace y no me dejaría estar contigo de forma feliz, es la verdad — se me saltaron las lágrimas.

—Déjame que te ayude a ir apartando, poco a poco esa sensación — dijo pasándose a mi hamaca y abrazándome.

—Quisiera hacerlo, no eres mala persona, no puedo decir eso, sé que te equivocaste a lo grande, pero ese error...

—Ese error me va a costar la felicidad y me niego que así sea — decía mirándome a la cara, mientras rodeaba mis rodillas con sus brazos y apoyaba su cabeza sobre ellas.

—No puedo prometerte nada...

—Solo quiero que me digas que no me vas a apartar de vuestras vidas, que me vas a seguir dejando formar parte de ella y que te prometo que no te presionaré para hacer nada que no quieras — su voz temblorosa, sus ojos brillosos y sus gestos eran totalmente sinceros y yo lo conocía cuando sí o cuando no.

—Te levantaré el bloqueo de todo — reí para romper ese momento tan intenso ¿Me iría a poner con la regla? Tenía las hormonas de aquella manera y solo ganas de llorar.

—Bueno, eso ya es algo... — Asintió con su cabeza sobre mis rodillas.

—Gracias por habernos regalado estos días aquí, a Lucas le está viniendo genial.

—Aun os queda todo el verano — arqueó la ceja.

—El lunes me voy — reí — tengo que trabajar en mi casa, hacer cosas al menos por la mañana y no me puedo pasar aquí todo el verano, pero si me reservas un hueco para los fines de semana...
— carraspeé aguantando la risa.

—Reservada mi suite todos los fines de semana — sonreía feliz — ¿Me das un abrazo?

Lo miré negando y me eché hacia él abrazándolo, me hubiera quedado así todo el día, como me hacía sentir un simple abrazo de él, como si estuviera protegida de todo y todos, era algo que me recordó lo feliz que era en sus brazos.

Nos quedamos mirando y fui yo la que le di un beso en los labios de forma rápida, me salió del alma, no abría la puerta a nada, pero lo necesitaba, él se quedó con ganas de que hubiera durado una eternidad, al igual que yo, pero... ¡Me estaba volviendo loca!

Me cogió en brazos sin previo aviso y corrió conmigo hasta el agua, donde nos sumergimos al entrar, vamos que me metió con él bajo agua, ni más, ni menos.

—¿Quién te dijo que me quería bañar? — pregunté riendo cuando salí hacia la superficie aún en sus brazos.

—El hotel es mío y la playa privada del hotel, así que... ¿A quién tengo que pedir permiso? — Volteó los ojos sin soltarme.

—Da igual, a mi sigue dándome de beber, de comer y cuidando a Lucas, que yo me baño cuando usted me ordene — sonreí en plan bromista.

—Ya nos vamos entendiendo — besó mi frente y me bajó, agarrando mi mano para salir hacia afuera ¿Qué hacía con esas confianzas?

Bueno, en el fondo a mí me gustaba que actuara así. Si es que al final me iba a volver una blandita.

Comimos un arroz con bogavante que estaba de muerte, descartamos el solomillo con patatas al ver la pinta con la que había quedado y que estaban haciendo a un lado del restaurante.

El vino espectacular y la paz del hotel más, era lo que más me gustaba que al ser muy exclusivo y nada a lo grande, se podía disfrutar de todo en su mejor esplendor, sin masificación de gente haciendo ruido.

A las cinco Carlos fue a por el pequeño que venía de lo más feliz con la cara pintada como *Spiderman*, así que tenía toda la pinta de habérselo pasado en grande.

—Mamá he hecho unos amigos que son muy guay.

—¡No me digas! — Me puse las manos en la cara como si estuviera alucinando.

—Mañana van a hacer la actividad todo el día también y los amigos hemos decidido que vamos a volver.

—Bendita ludoteca — dije produciendo una sonrisa en el pequeño y en Carlos.

—Mamá ¿Cuántos días nos queda aquí?

—Tres más, cariño, pero volveremos algún que otro fin de semana si tu papá adoptivo no la lía antes — dije provocando una risa en el pequeño que lo miró.

—Papa, no te vayas a trabajar más afuera — le advirtió el pequeño sin meter lo de postizo ¡Vivan las confianzas! A Carlos se le escapó la mejor de las sonrisas.

—¿Te has enterado? ¡Qué me pagues una pensión por él!

—Sabes que lo haría — me hizo un guiño.

—Es verdad, que generoso y nada tacaño eres mucho — asentí en plan burlona, aunque era así.

Estuvieron un rato en la piscina jugando mientras yo me puse con el móvil a revisar correos y las redes de mi trabajo, todo estaba bien cosa que me daba mucha tranquilidad.

Miraba a los dos y me llenaban de felicidad ¿Qué le pudo pasar por la cabeza a Carlos para romper algo tan bonito como lo que había entre nosotros, por irse con alguien que acababa de conocer? Me dolía tanto pensar en ello, pero es que no podía dejar de hacerlo.

Esa noche cenamos con el niño en la playa y se encontró a uno de los amiguitos que había estado en la animación de por la mañana, así que se puso a jugar con él, mientras nosotros relajados

tomábamos una copa tras la cena.

—Es muy bueno — dijo mirando a Lucas, jugar a lo lejos.

—He tenido mucha suerte, es un niño que te lo hace todo muy fácil.

—Lo has educado muy bien.

—Bueno, los dos primeros años mis padres lo hicieron muy bien, me lo dejaron todo bien preparado — sonreí con tristeza recordándolos.

—Tus padres lo hicieron genial, pero eso no le quita mérito a lo que hiciste por tu hermano, teniendo que desempeñar el papel de madre y verlo como un hijo.

—Es mi mayor regalo — sonreí poniéndome de lo más sentimental.

—Tú también eres un regalo para muchas personas, en especial para mí — agarró mi mano y se la llevó a sus labios besándola con un cariño que podía percibir por todos los poros de mi piel.

Seguro que me iba a venir el periodo esa noche, pues no era normal lo sentimental que estaba, solo quería llorar, necesitaba echar todo lo que llevaba dentro de mí.

Carlos agarró al pequeño en hombros cuando le dijimos que había que ir a dormir, Lucas iba de lo más feliz contando sobre su nuevo amiguito y que estaba deseando al día siguiente, ir a jugar de nuevo al área de animación infantil.

Esa noche por orden del pequeño dormimos con él los dos, Carlos a un extremo, yo al otro y Lucas en medio muerto de risa. Le costó mucho dormirse y no paraba de hacernos preguntas de planes para lo que nos restaba de verano que no era poco.



Capítulo 11

No podía dormir, eran las seis de la mañana y estaba en la terraza con un café que me había preparado en la máquina de la suite, no tardó en aparecer Carlos con otro mientras el pequeño seguía durmiendo plácidamente.

—Buenos días, preciosa — besó mi mejilla y se puso a mi lado, que estaba apoyada en el barandal de la terraza.

—Buenos días, Carlos — le sonreí.

—¿No podías dormir?

—No, no sé qué me pasa, pero estoy de un bajón...

—¿Tienes algo que te agobia y que no me quieres contar?

—Si fuera así te diría que no — lo miré sonriendo —. Nada de eso, es tristeza, dolor, por todo y por nada, es algo extraño que no sé cómo explicar, ni siquiera me sale el hacerlo.

—¿Es mi culpa?

—No, sí, no sé — me salió una carcajada nerviosa.

—No sabes el peso de conciencia que arrastro, no te imaginas lo que me puede llegar a doler el verte así por mi culpa.

—Para, Carlos, tranquilo...

—No puedo estarlo, ni siquiera sé cómo pude ser capaz de ser tan cretino de dejarte de aquella manera cuando lo tenía todo a tu lado y, sobre todo, no te lo merecías.

—Pero pasó Carlos, el problema soy yo, que me es imposible olvidarlo.

—Normal que te sea imposible, me duele el recordar mi poca humanidad y el poco corazón que tuve al hacer lo que hice, yo no soy así, al menos quiero creerlo. Me doy asco a mí mismo por aquello, pero lo que más me duele es ser el motivo de tu tristeza, no merezco ni que me mires, es la verdad.

—No digas eso, ahora que te he desbloqueado — di un pisotón al suelo y moví la cabeza causándole una sonrisa, esa que era mi propósito.

—Es verdad, pero que tengo un peso de conciencia demasiado grande — su tono y gesto eran de tristeza de verdad.

—Bueno, regálame hoy un día bonito y seguro que ganas más puntos —le saqué la lengua.

—Te regalaría miles de momentos de aquí a que me muriera, te juro que daría lo que fuera por verte ser feliz como lo éramos antes.

—Dame un abrazo — puse mi café sobre la mesa que había allí, le quité el suyo y lo abracé con fuerza.

Esos abrazos me llenaban tanto que me devolvían la vida, esa era la verdad de mis sentimientos, sentir su mano sobre mi espalda, la otra sobre mi cabello y su pecho dándome ese calor que tanto necesitaba.

—¿Estáis mimosos? — se escuchó la voz de Lucas desde la puerta de la terraza viniendo hacia nosotros y uniéndose a ese abrazo.

—Estamos mimosos — dije mirando a Carlos y sonriendo.

Nos vestimos y bajamos muy temprano a desayunar, los primeros y eso conllevaba a que solos pues Lola y Rafael, llegaban más tarde.

Luego dejamos al pequeño tres horas en lo de juegos, íbamos a hacer planes fuera el resto del día.

Salimos del hotel ese día en el coche de Carlos, fuimos a perdernos en un primer momento a una playa preciosa, una cala que era espectacular y donde cogimos dos buenas hamacas al ser los primeros clientes en aparecer.

Lucas se puso a hacer un castillo de arena con su fortaleza y todo, era tremenda la imaginación que tenía y lo bien que lo plasmaba, me encantaba y todo ello siempre con una sonrisa en sus labios.

Mi tía me llamó en ese momento para decirme que se iba el lunes de vacaciones con una amiga a la península, así que decidimos pasar por su casa después de comer en la playa, para tomar un café con ella y que se despidiera del niño.

El pequeño se comía a besos a mi tía y le decía que cuando volviera se vendría con ella unos días y claro... ¡Ella babeaba!

Carlos y ella se llevaban muy bien y pasaron toda la tarde charlando, la verdad es que tenía pasión por él, seguro que soñaba con que volviéramos, aunque ella también lo pasó muy mal cuando me hizo aquello.

Al final terminamos cenando allí y el pequeño se quedó dormido en el sofá, cosa que nos advirtió que si se quedaba así lo dejáramos allí y lo recogiéramos el domingo, ya se había cansado del hotel y al saber que la tía se iba el lunes, quería estar con ella al menos al día siguiente y el otro.

Al ser viernes empezaba el fin de semana para mí, así que, estaba sin niño, en el hotel y con ese hombre que por momentos me estaba revolviendo más las mariposas del estómago.

Esa noche llegamos directos para dormir. Carlos me agarró y bromeando me exigió echarme junto a él, abrazándome con fuerzas para que no le soltara, me tuve que echar a reír, pero también me derretí, para que mentir. Me quedé dormida de lo más feliz de la vida.



Capítulo 12

Desperté el sábado entre sus brazos, de la misma manera que me dormí ¿Cómo me había aguantado toda la noche sobre su hombro? Y encima me mira sonriendo ¿Se puede ser mejor persona? Bueno sí, pero para que voy a recordar lo que me hizo...

No quería mal rollo, quería disfrutar del fin de semana, de él, del hotel y al día siguiente recoger al pequeño y volver a mi casa. No lo pensaba hacer hasta el lunes, pero prefería amanecer allí para trabajar y ya que tenía que salir a por el pequeño al día siguiente, aprovecharía para hacer el cambio.

—Tengo una buena noticia para ti — echaba mi pelo hacia atrás mientras miraba mis labios y me lo decía.

—¿Ah sí? Y, ¿de qué se trata?

—Los sábados y domingos no vienen mis padres a desayunar... — dijo en un intento de hacerme reír y lo consiguió por supuesto, aunque eso ya lo sabía.

—Me va a sentar el desayuno mejor que nunca — lo abracé más sin poder evitarlo y él me acurrucó inmediatamente.

—Hoy es un día para que todo sea bonito...

—Bueno tampoco estuvieron mal los anteriores — gemí acurrucándome más.

—Pues hay que ir mejorándolos — metió su mano por mi cuello y besó con dulzura mi frente.

Nos levantamos y bajamos a desayunar a la playa, eso no lo habíamos hecho hasta ahora, pero allí la primera hora de la mañana era espectacular, el café y las tostadas sabían a gloria, como la compañía. Aquello se estaba convirtiendo en el motor de mi respiración ¿Estaba cayendo cuesta abajo y sin frenos? No lo sabía, pero me estaba llegando a dar todo igual, si me tenía que chocar

¿Por qué no, con la persona que amaba?

Eran las nueve de la mañana, imaginad que estábamos casi solos en la playa, desayunando y con la música del móvil de Carlos sonando, Luis Miguel, la canción de “por debajo de la mesa” ¿Podía ser más romántico todo?

Me venían muchos recuerdos junto a él a la cabeza, muchos momentos tan bonitos que habíamos vivido a lo largo de los años que habíamos estado juntos, me quedaba en el limbo pensando.

Carlos me mataba con la mirada, no podía contenérsela, me salía la sonrisa y se me ponía cara de idiota. Joder, hace unos días yo controlaba todo eso y ahora... Ahora me estaba volviendo a quedar pillada por mi ex.

Tenía ganas de perderme en su cuerpo, de besarlo como hacía tiempo que no lo besaba, encima viendo como me miraba mordisquear la tostada con ese rostro tan sensual ¡Me ponía nerviosa!

—¿Qué piensas?

—En Lucas — aguanté la risa mintiendo.

—Me dio la impresión de que en algo más, un poco te conozco — dijo en tono bajo con esa media sonrisa y guiñándome un ojo.

—Y... ¿Qué crees que estoy pensando?

—¿Si acierto lo admitirás?

—Como una campeona — le hice una burla.

—Estás pensando en lo que te gustaría hacer y no te atreves...

¡En el clavo! Si es que el capullo me conocía como nadie.

—Más o menos... — sonreí con amplitud.

—¿Te puedo dar un consejo?

—Mira, siempre fuiste bueno en eso — seguí mordisqueando la tostada.

—No te quedes con las ganas de saber que pudo pasar, eso también puede ser muy doloroso —

dijo en un intento de convencerme para que me dejara llevar.

—Seguramente tienes razón, pero, ¿quién me dice que no volverá a pasar?

—Pongo ahora mismo en tus manos todo lo mío, sé que jamás me dejarías tirado, pero si yo lo hiciera déjame sin nada. Firmaría y dejaría todo lo que tengo ahora mismo, si con ello pudiera recuperarte.

—¿Me estás comprando con un hotel?

—¡No! — rio — Sabes lo que quiero decir.

—No se trata de eso Carlos, se trata de que nos vamos a matar por una tontería y sé que te reprocharé todo y no quiero vivir así.

—Pues me lo reprochas, llegará un momento que dejaras de hacerlo, de que no lo olvidarás, pero no te dolerá como ahora, confía en mí, te ayudaré a que eso vaya desapareciendo, tarde lo que tarde.

—¿Te crees que no me muero de ganas? — Se me saltaron las lágrimas, puse la tostada sobre la mesa y el cogió mis manos —, pero me muero de miedo, no quiero sufrir más de lo que ya lo hice.

—No te haré sufrir más, sé que no lo tienes que creer, que fui muy cruel y frío, pero ese no era yo.

—¿Y quién dice que no volverá ese “otro yo”?

—Porque yo te lo digo — se pegó a mi —. Te juro que no volverá a pasar, antes me tiro del último piso del hotel, jamás te volvería a hacer eso, tienes que creerme.

—Tampoco hace falta que te tires — negué riendo —. Una parte de mi te cree, la otra te tiene en preventiva, pero reconozco que me siento mejor por momentos y más cómoda a tu lado...

—¿Eso es que dejas una puerta abierta?

—Eso es que me dejes desayunar — le saqué la lengua y le hice señas al camarero para que trajera dos cafés más.

—Solo quiero que sepas, que puedes confiar en mí.

—¡Desayuna! — exclamé riendo.

Es que me ponía tan nerviosa su mirada, me aceleraba tanto que no podía con ella y él lo sabía, jugaba con ventaja.

Lorena apareció allí para mi asombro, tan temprano y ya nos había localizado.

—¿Me tienes un GPS puesto? — pregunté negando.

—Calla, puerca, échate para allá. Buenos días, Carlos.

—Buenos días, Lorena — le respondió sonriente.

Se acercó el camarero y pidió su desayuno.

—Mañana se va John, tengo depre— se encendió un cigarrillo.

—Vete con él.

—¿Te crees que no me estoy planteando irme una semana?

—Nada te ata — carraspeé.

—Pero es mejor que no vaya...

—¡Uy!, ese tono me suena a que pasa algo raro.

—Está de vacaciones de despedida de soltero con sus amigos.

—¡Hostias!

—Eso no es lo peor...

—¿No? —Me puse las manos en la boca — No me digas que él es el que se casa — la cara de Carlos se descompuso por completo.

—Sí, hija, sí... — Volteó los ojos.

—¿Y cuándo te has enterado tú?

—Ayer se me sinceró...

—Y, ¿qué le dijiste?

—Lo puse de patitas en la calle — se encogió de hombros.

—Estás de broma... Has dicho que te irías una semana ahora mismo.

—Para cargarme la boda...

—¿Y cómo lo has puesto de patitas en la calle, si es su habitación?

—¡Que se joda! — Echó el azúcar al café.

—Yo me quedo flipada con los hombres, desde luego que no se salva ni uno — dije mientras comprobaba que se le descomponía la cara a Carlos.

Joder ya se me habían quitado las pocas ganas que tenía de intentarlo, si es que no podía ser, estaban todos cortados por el mismo patrón ¡Que perros!

Lorena desayunó y se despidió de nosotros, iba a dejar la habitación e irse para su casa, tenía ganas de descansar, decía que, al menos, se llevaba lo que lo había disfrutado. Conociéndola, el lunes ya ni se acordaría de él.

La mañana la pasamos ahí en la playa. Carlos me volvió a coger y a llevar al agua donde me agarró sin dejarme mover y me dio un beso en los labios, no me dio tiempo a echarme hacia atrás, con una mano sujetaba mi espalda y con la otra la cabeza.

—Eres un gilipollas — dije riendo cuando me separé.

—Bueno, tampoco lo soy tanto — hizo como una burla y le tiré agua.

—Te lo buscaste de nuevo.

Intenté correr por el agua, pero me cogió, me giró y otro beso que me estampó.

—¡Te estás pasando...!

—No te quejes — me advirtió riendo.

—Es verdad que eres el dueño de todo esto — levanté un poco las manos.

—Te lo buscaste otra vez...

Y de nuevo la misma jugada, cuando nos separamos me fui hacia afuera mientras él venía detrás diciéndome cosas, yo aguantaba la risa, no me giraba y me hacía la sorda.

Se pasó toda la mañana robándome esos besos que me desgarraban el alma y me hacían sentir que lo tenía todo, esa era la realidad.

Después de comer nos fuimos a la zona de la piscina donde pasamos la tarde relajados al sol, dándonos algún que otro baño y tomando cocteles.



Capítulo 13

Ya estaba lista para salir a cenar esa noche en la que el día había sido de lo más divertido junto a Carlos, robándome esos besos que debo de reconocer me hacían sentir la mujer más feliz del mundo.

Fuimos a la playa a cenar, era mi rincón favorito sin duda, mi última noche en el hotel y la última de Carlos que se iba para su casa ya que él no vivía ahí, pero tenía en exclusiva esa suite con sus cosas para cuando decidía quedarse.

La noche estaba perfecta, un chico cantaba en vivo todos los temas más sonados de las dos últimas décadas, una pasada de recordatorio por todo lo que había sido mi juventud y también muchas de la época que había estado con Carlos, que era la más reciente, pero canciones que se te olvidan año tras año y cuando la vuelves a recordar te ocasiona algo especial.

Nos pusieron una buena botella de vino blanco, esa que tanto nos gustaba y de la que nos íbamos a dejar ni el goteo del envase, esa noche necesitaba emborracharme.

Carlos estaba de lo más gracioso, no podía con él, buscaba cualquier despiste para darme algún que otro beso ¡No paraba!

De la cena pasamos a las copas, se estaba esa noche de vicio, esa voz deleitándonos con las canciones, nuestras miradas cómplices y esas sonrisas que lo decían todo ¿Qué más podía pedir?

Por un lado, tenía mucha pena de que todo se acabara al día siguiente, en aquel hotel donde llevaba una semana y por otro lado tenía ganas de volver a mi vida cotidiana y ver como actuaría Carlos cuando todo volviera a la normalidad. Era una sensación extraña, llena de contradicciones, como me sentía yo en esos momentos, pero que estaba disfrutando como una niña pequeña.

Ambos estamos bebiendo porque ahora los sentimientos se nos atragantan en la garganta y duele expresar tantas cosas, como cuchillas arañando la garganta. El alcohol ayuda a mitigar un poco ese dolor y hace pasar las cosas con más facilidad.

No decimos nada más, solo bebemos mirando el horizonte, hasta que me levanto, copa en mano y me voy a pasear sola por la orilla. La verdad es que necesito estar un poco a solas conmigo misma. Últimamente lo hago poco y es algo que todos deberíamos hacer en algún momento del día.

Paseo por la orilla, mojándome los pies. Dicen que es bueno para la circulación el agua fría y la verdad es que me viene bien, para que me circule la sangre, porque Carlos me la ha paralizado toda hoy a la altura del corazón.

No quiero volver a sufrir. No se lo perdonaría, pero, sobre todo, no me lo perdonaría a mí misma, por exponerme de nuevo a que me hagan trizas el corazón.

Media hora después vuelvo donde se encuentra Carlos con los zapatos en una mano y la copa acabada de mojito en la otra.

—¿Te ha venido bien el paseo, preciosa?

— La verdad es que sí. De vez en cuando es sano hacerlo.

— De vez en cuando hay que hacer muchas cosas que sientan bien y que a veces no se hacen por falta de coraje o miedo – se acerca y me besa, pero no con pasión, sino con una delicadeza apabullante, como si una pluma acariciara mis labios.

Cierro los ojos y lo disfruto, porque es una sensación que hacía tiempo que no sentía. Un beso de amor y no de deseo. Cuando abro los ojos veo que ya se ha separado.

—¿Y eso? — le pregunto todavía algo atontada.

— Eso es porque he dejado a un lado el miedo y he dejado paso al coraje para hacer lo que me sienta bien y me hace feliz.

El camarero llega entonces con las copas y las cogemos para tomar la última en la habitación viendo algo en la televisión. Me coloco los tacones y subimos en el ascensor, que me trae recuerdos húmedos y llegamos a la suite.

Entramos en la habitación un poco más achispados de la cuenta. La verdad es que a mí me tiembla todo, se mueve hasta el suelo dando vueltas como si fuera un tío vivo. Me siento en la cama y me quito los zapatos para darme un pequeño masaje; la verdad es que cuando llevas tacones durante tanto tiempo te duele hasta el alma.

No pasa mucho tiempo hasta que veo a Carlos salir del baño tras darse una buena ducha. Es mi turno. Cojo el camisón y la ropa interior y me meto dentro del baño para darme ahora yo la ducha.

Me doy una larga y placentera ducha de chorros hasta que siento un cuerpo tras del mío. Me giro y veo a Carlos, no tiene fuego en la mirada, sino ternura y rendición.

Rodeo su cuello con mis brazos y lo acerco a mí para besarlo mientras él, sostiene mi cintura. Muerdo su labio mientras que él me pega más a su cuerpo y cuando lo suelto, atrapa mi lengua y la succiona, deleitándose con ello.

Me toma en brazos y me saca de la ducha para envolverme con una toalla y llevarme a la cama que posee, la de 200x200. Me tumba allí y me seca con cuidado, dejando seco cada pedazo de mi piel.

Se tumba sobre mí, también desnudo y tras acariciar mi rostro, entierra el suyo en el hueco de mi cuello, respirando allí de manera pausada antes de susurrarme.

— Te quiero, no he dejado de quererte ni un solo instante, déjame que te lo demuestre, Sonia.

No contesto, no puedo, porque si lo hago se me quebrará la voz y no quiero parecer débil. Quiero que me toque como hacía antes, que me haga el amor como lo hacía antes, que me diga te quiero como lo decía antes.

Solo asiento cuando se separa de mí para mirarme a los ojos y sin decir más me besa mientras se hunde, poco a poco dentro de mí, está más que preparado.

Entrelazamos nuestros dedos en los laterales de mi cabeza, sobre la almohada mientras iniciamos un baile sensual de caderas que se complementan con gemidos y jadeos por doquier.

No decimos nada, no lo necesitamos. Los sentimientos están a flor de piel y ambos lo sabemos. Es por ello por lo que con cada roce sentimos tocar las estrellas. No rompemos contacto en ningún momento. Tenemos claro que queremos ver los sentimientos del otro en nuestras retinas.

Rodeo su cintura con mis piernas e inicio unos movimientos cíclicos para que ambos nos sintamos más completos. Ambos necesitábamos esto, pero también necesitamos el otro tipo de sexo que solo es nuestro, íntimo y que nos completa.

Me giro para ponerme sobre él y coloco las manos en su pecho mientras lo cabalgo con fuerza, arañando por el placer cada centímetro de su piel. Él gruñe de placer y aprovecho para morder el

lóbulo de su oreja mientras contraigo las paredes de mi vagina para que me sienta bien prieta.

—¿Te gusta?

— No te llegas a imaginar el tiempo que llevo echándolo de menos y echándote de menos a ti.

Carlos se sienta entonces en el colchón y empezamos un ritmo más frenético mientras me besa con más apremio y sus dientes se clavan en mi labio sin hacerlo sangrar. Clavo mis uñas en su espalda entonces y ambos gemimos.

No quiero pensar que esta sea la última vez, pero si lo es, cuando se vea las marcas en el cuerpo se acordará de mí y de todo lo que sintió en el día de hoy, cuando nos estábamos convirtiendo en una sola persona.

Cambiamos las posiciones y me coloco a cuatro patas sobre el colchón mientras entra y sale de mi cuerpo, fregando esas paredes que tanto placer producen cada vez que nosotros dos nos unimos en uno.

Sus manos amasan mis pechos mientras las mías se aferran a la almohada con fuerza, dejando mis nudillos blancos.

— No pares Carlos, no pares – le suplico.

— No pienso hacerlo, no te voy a dar tregua hasta que me supliques o te desmayes en mi cama.

Me bombea con más rapidez hasta que para en seco cuando ambos estamos a punto de correrlos.

Nos abandonamos a la pasión sin dejar de entrelazar nuestras manos hasta que, finalmente, gritamos de placer corriéndonos antes de caer exhaustos.

Nos tumbamos en la cama, yo de espaldas a él para que pueda abrazarme, porque realmente lo necesito. Cierro los ojos cuando siento su respiración en mi espalda y noto como nos tapa a ambos con las sábanas. Me pega más a su cuerpo caliente para que no pase frío...



Capítulo 14

Despertar desnuda entre sus brazos era como sentir que la vida era mía, por supuesto no tardamos en dejar que nuestros cuerpos reaccionaran para dar paso a otro juego de orgasmos, que fueron el que nos dio el pistoletazo de salida para volver a dejarnos llevar por eso que deseábamos.

Tras ese nuevo momento sensual y deseado nos fuimos a la ducha para bajar a desayunar, nos fuimos directamente al ascensor ese que era para los directores y cargos del hotel.

Sus labios tomaron los míos con ferocidad al tiempo que su mano accionó el botón de Stop. Yo no lo pensaba detener, sé que debería, pero no lo hago porque me apetece tanto como a él, o incluso más.

Mis manos rodearon su cuello y lo acercaron más a mí mientras una de las suyas se adueñó de mi nuca y la otra de mi cintura.

Somos una sola persona, pues estamos tan sumamente unidos que parecemos prácticamente fusionados, como siempre habíamos sido, solo uno.

Me toma de los glúteos y yo doy un salto enredando las piernas en su cadera. Ahora con más accesibilidad, me levanta el vestido, sacándolo por la cabeza y baja mi parte del bikini antes de bajar las tiras de mi sostén para dejar al descubierto mis pezones erectos dispuestos a recibir sus atenciones.

Mi sexo se restriega contra el suyo mientras sus dientes atrapan mis pechos y los succiona y muerde con fuerza, provocando que jadee como una loca. Echo la cabeza hacia atrás para que un cúmulo de sensaciones me invada por completo.

Cuando queda sediento de mí, me baja para que mis habilidosas manos se deshagan de su cinturón, pantalones y ropa interior y poder deleitarme, como segundos antes ha hecho él. Y eso hago, me arrodillo sonriendo ladina introduzco su pene en mi boca y succiono como si me fuera la vida en ello.

Me lo como como si fuera un succulento biberón que me quisiera alimentar con su ambrosía, provocando en Carlos alguna que otra convulsión que él, sí sabe controlar. Continúo viéndolo apretar los puños mientras se hincha más y más en mi boca.

Acojo sus testículos entre mis manos y sincronizo el masajeo con las succiones, cosa que provoca gruñidos de placer por parte de mi hombre. Susurra mi nombre sin cesar, cosa que me hincha de orgullo.

Está a punto de correrse, lo sé, es por eso por lo que paro, no quiero que esto termine tan pronto, ni él tampoco. Ahora es su turno. Me da la vuelta.

Me eleva entonces, pasando mis piernas por sus hombros y acaricia mi sexo con su lengua, primero despacio, dando pequeños toques a mi botón de placer para luego aumentar la velocidad. Aprovecha además para introducir un dedo dentro de mi sexo y otro en mi trasero, rotándolos a la vez, haciendo que sienta un placer fuera de lo común.

Me retuerzo sin poder evitarlo, mis otros sentidos se agudizan al extremo y lo siento todo de manera más intensa.

Cuando su lengua forma remolinos en mi clítoris no puedo más y me dejo ir, derramándome en su boca entre alaridos, gimiendo su nombre desesperada.

Me miro al espejo del ascensor momentáneamente y estoy roja, muy roja, incluso diría que enfebrecida, pero es por el deseo, única y exclusivamente por el deseo.

—Arrodíllate y métetela entera en la boca, quiero que me comas entero y no dejes un pedazo de piel fuera de tus labios. Quiero derramarme en tu garganta y sentirme de nuevo dentro de ti, parte de ti — me dice.

No necesito oír más, me introduzco nuevamente su pene en la boca y trago sonoramente, para que se sienta bien apretado dentro de mí, mientras mi campanilla acaricia su glande. Succiono llevándomela por completo al fondo de mi boca, dejando que desaparezca del exterior para esconderse en mi interior.

Dios, como deseo sentir como se hunde en mi sexo alocadamente, como solo él sabe hacerlo para enloquecerme hasta que suplique clemencia, aunque él bien sabe que no lo haré.

Mi movimiento acompasado y sus ojos atrapando los míos son todo lo que necesita para

derramarse entre mis labios, dejando que su simiente corra por mi garganta dejándome degustar un sabor que creía perdido y que jamás iba a volver a saborear.

Me levanto con una sonrisa en los labios y lo veo vestirse ¡Tan sensual!

Me abraza y besa mi frente, llegamos abajo directos para ir a desayunar al comedor. La sonrisa de mi cara no puedo esconderla, Carlos lo sabe, al igual que ahora entiende que ya hay algo más que nos une, esta pasión difícil de frenar en estos momentos.

—Dime una cosa...

—Si me pones esa cara, te digo lo que quieras — me hace un guiño.

—¿Cómo de bien vas a estar a partir de hoy durmiendo solo y sin aguantar a nadie? — le saqué la lengua.

—Eso es lo peor... — Levantó la ceja — No deseo nada ese momento — dijo sosteniendo la taza entre sus manos.

—Ni que te quedaras solo en un campo de batalla — reí.

—Para mí es peor, créeme... Pero no te pienses que te voy a dejar en paz durante la semana, para eso soy el padre postizo y tengo que hacer las labores con mi niño — carraspeó.

—Bueno, bueno, no hace falta ponerse así, me avisas, le preparo una maleta y te lo llevas — bromeé.

—¡Tonta! — reía.

Después del desayuno nos fuimos a la playa donde estuvimos toda la mañana hasta la hora de comer y un poco más.

Me estuvo regalando mil sonrisas, besos, momentos llenos de cariño y tensión donde lo tuve que frenar porque si no, habríamos terminado ahí delante de todos dándole al tema.

Fuimos a la suite a recogerlo todo y meter las maletas en su coche, nos tocaba ir a por el pequeño, eso sí, ante nos dimos un revolcón de película para despedir por ahora, ese lugar que nos acogió estos días.

Lucas se abrazó a mí al verme, sonreía de lo más feliz, luego se tiró a los brazos de Carlos para más tarde hacerlo con mi tía a modo de despedida.

Le deseamos un precioso viaje, diciéndole que nos veríamos a la vuelta.

Fuimos hacia mi casa, Carlos entró y se quedó a cenar con nosotros, habíamos pedido unas pizzas, así que nos dieron cerca de las doce de la noche, cuando nos despedimos sin quedar en nada. Conociéndolo, al día siguiente daría señales de vida.

Esa noche me acosté pensando en el día que salí por la puerta y la seguridad de no volver a caer en sus brazos y ahora me encontraba rendida ante él.



Capítulo 15

Echaba de menos a Carlos en mi cama, en mi casa, en mi vida, en todo. Era un despertar un poco tonto lleno de sentimientos con ganas de llorar.

Me levanté y comprobé que mi niño seguía durmiendo plácidamente, así que ahí lo iba a dejar hasta la hora que quisiera ya que eran sus vacaciones y como tal, debía disfrutarla de muchas maneras, entre ellas levantándose a la hora que le diera la gana.

Bajé a la cocina y me preparé un café, me senté en el sofá a tomarlo.

En el móvil descubrí sonriente que tenía un mensaje de él.

Carlos: Buenos días, mi preciosidad ¿Me invitas a un café? Aquí estoy en tu puerta.

No me lo podía creer ¿En mi puerta?

Salí hacia afuera y abrí la puerta del jardín que daba a la calle y ahí estaba él, sonriente, negué riendo al verlo y me eché a sus brazos.

—¿Tú no trabajas? — pregunté sabiendo que vivía como un rey y tenía a mucha gente delegada para llevar el hotel.

—Menos que otras — arqueó la ceja pegándome contra él —. Estaba entre venir y no venir...

—¿Y eso?

—Sé qué te pondrás a trabajar por las mañanas.

—Tampoco me molestas — entramos a la casa y le preparé otro café para que se lo tomara conmigo.

—¿Y mi príncipe?

—Durmiendo — sonreí.

—Había pensado en llevarlo conmigo al mercado y pillar algo de pescado fresco para que luego lo hagamos aquí en el horno.

—Lo veo una idea genial y así también sale Lucas un poco mientras trabajo.

—Estupendo entonces — se pegó a mí para besarme y yo me derretí por completo.

El pequeño apareció por el salón y al ver a Carlos se tiró a sus brazos de lo más feliz, menos mal que luego vino a darme mi abrazo, de lo contrario, me hubiera muerto de celos, pero me encantaba que se sintiera así con él.

Tras ponerle a Lucas el desayuno y cambiarlo se fueron, yo me quede trabajando de lo más feliz y emocionada por esa aparición inesperada, no podía haber sido más oportuna, la verdad es que lo había echado mucho de menos esa noche.

Me puse a trabajar emocionada, feliz, sabiendo que todo era una locura, pero era mi locura y la iba a vivir como me diera la gana, para eso era mi vida, mi historia y mi decisión.

Miré la foto de mis padres que tenía sobre la mesa donde me ponía a trabajar, eran guapísimos, los echaba tanto de menos...

Los chicos se habían marchado a las diez de la mañana, a las doce ya tenía todo listo y ellos no habían regresado.

Miré el reloj. Ya había terminado mi trabajo y me quedaba de lo más relajada, eso sí, deseando que llegaran ellos, esos que me alegrarían mi día.

Les hice un guiño nada más verlos, el pequeño venía feliz con una bolsa gigante de chuches, eso sí, Carlos para malcriar era el idóneo.

El pequeño subió corriendo a su cuarto para dejar la bolsa, yo me agarré al cuello de Carlos que venía cargado, pero necesitaba besarlo como una semental, como si fuera una fan desquiciada, es que me tenía majara ese hombre y no era para menos.

Carlos no era mala persona, era de esos hombres que le gustaban mimar cada detalle, quitando ese error que, por Dios y por todos los arcángeles del cielo, ¡quería hacer desaparecer de mi mente!

Fruta, verdura, pescado fresco, carne, había comprado de todo y me ayudaba a colocarlo mientras preparaba la bandeja del horno con todo lo que íbamos a comer.

El pequeño apareció con el coche teledirigido dándonos en los pies a gran velocidad.

—¡Me cago en tu padre el postizo! — exclamé cuando se clavó en el hueso de mi tobillo.

—Te tocó a ti — dijo el pequeño mirando a Carlos por lo que yo había dicho.

—Ya veo, pago lo mío y lo de los demás —le hizo un guiño cómplice.

Carlos abrió una botella de vino que había comprado y la había metido en el congelador un rato, sirvió las dos copas y...

—Por nosotros, por esto que vuelve a nacer entre nosotros con más firmeza, más claridad y más lealtad — dijo mirándome con ojos penetrantes.

—Lo de lealtad lo dirás por ti ¿no? — resoplé riendo.

—Dame un beso — sonrió.

—Dámelo tú que eres el que tienes que ganar los puntos — le saqué la lengua.

—¿Cuántos tengo que ganar y cuantos llevo? — preguntó rodeándome por la cintura con la otra mano que sujetaba la copa.

—Haciendo cálculos debes de ganar unos veinte — lo miré con picardía — de los cuales llevas unos tres puntos obtenidos en la estancia del hotel, más uno por la aparición de hoy...

—Si es por la aparición me los gano rápido los restantes — besó de forma juguetona mis labios.

—A ver si te voy a ver alojándote aquí de lunes a viernes — reí.

—Si me lo permitieran...

—¡Gana los puntos! — le hice una burla.

El pescado le quedó de muerte, la verdad es que tenía en la cocina una mano impresionante, como en todo lo que tocaba...

El pequeño no dejaba de decir que el viernes nos teníamos que ir al hotel a jugar con más amiguitos nuevos, cosa que le prometimos que así sería, la verdad que llevaba menos de veinticuatro horas fuera de allí y ya echaba de menos sus instalaciones ¡Eso era vivir!

La tarde la pasamos en el sofá viendo una peli con Lucas que no tardó en caer dormido en una siesta, fue el momento en que nos comenzamos a besar y una cosa llevaba a la otra hasta terminar en el baño desnudos resolviendo esa tensión que continuamente volvía a nosotros.

Me encantaba la forma que tenía de dirigir mi cuerpo, de exponerme a él y hacerme completamente suya, mientras yo permanecía sentada en la encimera del lavabo abierta a él y a todo lo que le placía hacer en esos momentos en los que mi respiración se venía abajo y mi corazón se aceleraba como si los minutos tuvieran noventa segundos.

Salimos de allí directos a hacernos un café, el pequeño no tardó en levantarse pidiendo su batido de fresa, eso no solía fallar cuando se echaba una siesta.

Fuimos a dar una vuelta y cenar por el pueblo, la verdad es que las noches veraniegas invitaban a echarse a la calle y disfrutar de ellas.

Carlos y Lucas iban charlando y jugueteando ¡Bendita paciencia la de este hombre!

Esas cosas eran las que me enamoraban de él, ese amor que demostraba sentir por Lucas y que no era producto de un intento de acercamiento conmigo, era porque le nacía y lo adoraba.

Tras la cena nos fuimos hacia mi casa donde Carlos se despidió amenazando con volver al día siguiente después de una reunión que tenía para un evento en el hotel.

El día había sido precioso, volvía a sentirme más viva que nunca y quería darlo todo por esa relación a pesar de lo sucedido.



Capítulo 16

El martes por la mañana la que tiró el timbre abajo era mi amiga Lorena...

—¡Tía! ¿Te puedes meter el dedo por donde te quepa? — le di un beso resoplando.

—¿Estabas durmiendo?

—Acababa de despertarme — negué riendo.

Lucas apareció y salió corriendo a los brazos de Lorena, que comenzó a comérselo a besos.

Nos fuimos a la cocina a preparar el desayuno, aunque al pequeño lo dejamos desayunando en el salón con los dibujitos, a cuerpo de rey, ese sí que vivía bien.

—Ayer me llamó John, está fatal con eso de la boda, dice que cree que va a cometer el mayor error de su vida.

—¿En serio?

—Sí, dice que yo le he enseñado que el amor y la felicidad es diferente a lo que él conocía con su novia.

—Joder con el John... — Volteé los ojos alucinando.

—Yo me quedé a cuadros, me dieron ganas de decirle que no se case, pero eso ya es decisión suya, aunque pienso que ya es demasiado tarde para ese paso.

—Pero vamos... Con todo listo, ¿no se dio cuenta hasta ahora? — Negué incrédula — ¡Tela con

los hombres!

—Hija, me tuvo que conocer a mí para saber lo que era una mujer de verdad — me hizo un guiño sosteniendo la taza.

—No creo que deje de casarse, sinceramente, pero vamos, vaya tela con ese hombre, no quisiera estar yo en el lugar de su prometida.

—Yo si — dijo con descaro y sonriente —. Por cierto, tengo que ir a ver a mis sobrinos, ¿me puedo llevar a Lucas?

—Todo tuyo, luego vendrá Carlos y ya cuando tú quieras lo traes.

Desayunamos juntas y se llevó al pequeño que estaba de lo más emocionado con irse a ver a los sobrinos de Lorena, esos críos que a él le caían tan bien, así que aquello era como una excursión.

Me puse a trabajar y justo a la una cuando acabé, sonó el timbre de la puerta y era Carlos.

Se extrañó al no ver al pequeño y le conté que me lo habían secuestrado ese día.

No tardó en cogerme por la cintura y levantarme, llevándome hasta la encimera de la cocina donde me sentó para comenzar a acariciar mis pechos por debajo de la camiseta, emitiendo unos gemidos contenidos con el contacto de mi piel.

Me encantaba con la seguridad y control que me llevaba, con esas manos jugueteando en mis partes íntimas y volviéndome loca de placer mientras él devoraba mis pechos con esas mordidas que me hacían ponerme más excitada aún.

En el mismo lugar que me penetró tras un brutal orgasmo que me ocasionó antes, ahora iba a por el segundo, era imposible no caer rendida a su cuerpo, a sus movimientos, a él.

Luego de aquello nos fuimos a comer a un restaurante cercano, tomamos un helado y por la tarde le dimos el encuentro a Lorena y al pequeño, cenando con ellos en una freiduría y dando por zanjado un precioso día.

El miércoles desde bien temprano apareció Carlos por mi casa, el día anterior sabía que se había quedado con las ganas de que le dijera de dormir allí, pero no quería aún, que se lo ganara, de todas formas, el finde lo pasaríamos juntos en la suite del hotel. Así que, por ahora, a pasar el día juntos.

Y eso hicimos...

Nos quedamos en mi casa preparando la comida y una tarta de tres chocolates que habíamos hecho entre los tres.

Lucas nos daba tregua con su siesta, aunque he de decir que no era un niño molesto para nada, era todo lo contrario, iba a su aire, a su cuarto o al salón a ver dibujitos y de vez en cuando aparecía por el salón con el coche teledirigido partiendo tobillos a todo pie que se le ponía por delante.

El jueves salimos a comer y a pasar el día fuera, incluso fuimos a una cala a darnos un baño, que fue cuando su madre lo llamó para advertir que pasaría el fin de semana en el hotel, que ya le había dado la chica de recepción una habitación.

¡Lo que me faltaba! Solo esperaba encontrarla bien poco y con mejor talante, como había hecho, por último, de lo contrario la mataría. No le iba a permitir que como anteriormente, me amargara ningún momento con su hijo.

Ese día había dejado todo el trabajo organizado para no revisar nada hasta el lunes, así que preparé la maleta, cenamos con Carlos en casa y nos despedimos de él, hasta la mañana siguiente que vendría a por nosotros. Él, nos intentó convencer de irnos esa noche, pero Lucas ya dormía y yo quería a primera hora hacer un par de llamadas e irme tranquila, así que no me convenció y se fue quejándose, bromeando haciéndose el abandonado.



Capítulo 17

Y llegó ese viernes en el que un mensaje en el móvil me hizo saber que le abriera la puerta, sacándome la mejor de mis sonrisas.

—¿Te han echado de la cama? — reí mientras le daba un beso.

—No puedo estar en la cama sabiendo que la mujer más bonita del mundo está desprotegida.

—¡¡¡Papá postizo!!! — Se escuchó desde la puerta de la casa y fuimos riendo hacia él.

Carlos lo cogió en brazos y lo llevó hacia la cocina en plan avión, luego lo sentó, me hizo sentar a mí y tomando el control se puso a preparar el desayuno para los tres.

—Papi hoy en el hotel te voy a llamar papi, como llaman los niños a sus papis — decía con esa vocecita que enamoraba el alma.

—Cariño, me puedes llamar como quieras — se acercó a él, cogiéndole la cara con sus manos y besando su cabeza, yo me moría de amor.

Tras el desayuno nos fuimos hacia el coche de Carlos que ya estaba allí metiendo nuestra maleta, él ni llevaba, pues tenía ropa en la suite.

Yo llevaba el bolso grande tipo capaza, era chulísimo y amplio, sobre todo amplio. Con Lucas necesitaba algo así ya que, entre la botella del agua, un zumo que siempre le llevaba encima, las toallitas húmedas, dos cochecitos y una bolsa de chuches, en una mochilita como que no lo podía meter.

En poco más de media hora ya estábamos en la suite soltando las cosas y el niño llamándonos desde la puerta, para que aligeráramos para llevarlo a jugar a lo de la animación infantil y que ese fin de semana estaba abierto de diez de la mañana a diez de la noche, así que me veía sin niño.

El pequeño metió un portazo cuando salimos, que debió retumbar en todo el edificio.

—¡Lucas! — le reñí por no darle una colleja.

—Se me fue — sus manos a la boca aguantando la risa y mirando a Carlos.

—Se le fue — dijo Carlos, encogiéndose de hombros aguantando la risa también.

—Tú castigado sin ir a lo de animación y tú, sin lo que ya sabes — me crucé de brazos y ladeé la cabeza dentro del ascensor.

—Oh, oh, la hemos liado — dijo el pequeño con los labios hacia fuera y poniéndose pálido por lo que le acababa de decir.

—Tranquilo que ahora hablo con ella — dijo Carlos al pequeño con gestos, dándole a entender que me iba a convencer.

—La llevas clara...

La cara de Lucas era un poema, no sabía cómo iba a salir de esa, pero estaba claro que eso de no ir a la animación le dolía en el alma, obvio que yo estaba bromeando, pero me encantaba buscarlos.

—¡¡¡Ahora!!! — gritó Carlos cogiendo a Lucas en brazos y corriendo para lo de animación.

Me morí de la risa viéndolo, corriendo y el niño muerto de risa mirándome para asegurarse que no los alcanzaba, por supuesto que no, tan tranquila me fui andando hacia la playa a coger uno de mis rincones favoritos para comer y tomar el sol.

Conformé iba avanzando para sentarme miré hacia mi rincón y vi que había un centro de flores precioso, sobre una mesa de madera y las iniciales en blanco C y S, además de una nota sobre la mesa.

Yo estaba en shock cuando el camarero trajo una botella de vino blanco y sirvió las copas, aún ni me había sentado, miraba la mesa incrédula.

Abrí la nota cuando se fue el camarero.

“Hoy sabrás la verdad de todo, hoy sabrás que te amé con locura todos los días de mi vida, hoy sabrás que a veces lo que puede parecer una traición es esencial en algunas situaciones”

Me senté en la rinconera, menos mal que era acolchada si no me meto un golpe de cojones, parecía que me iba a desmayar.

Era precioso todo sí, pero como cojones una traición puede ser esencial ¿Estaba loco? ¡Madre mía!, al final iba a estropear más lo que casi estaba arreglando, me estaba enervando ese tema y la verdad me quería relajar, aunque en el fondo me había encantado ese detalle.

Llegó sonriente y cogió su copa del tirón.

—Se quedó recalcándome que te dijera que te lo compensará el levantamiento del castigo — se echó a reír y me produjo una carcajada.

—Que morro tenéis... Oye, siéntate aquí — señalé a mi lado —, que me tienes que explicar muchas cosas.

—Lo sé — levantó la ceja aguantando la risa.

—Empieza a explicarte — puse las piernas encima y las crucé mirando hacia él, que se apoyó sobre mis rodillas con su copa en las manos.

—Pensé que jamás te lo contaría... — Esa pausa y ese “jamás” me temía lo peor, tenía más secretos ¡Para cagarse! — Pero tampoco pensé que te recuperaría...

—Bueno, no lo des todo por hecho — moví la cabeza a los lados en plan burlona.

—Ahora te pierdo por sincerarme — rio negando.

—Tu juégatela, ya no te queda otra — reí.

—Nunca estuve ni te dejé por nadie...

—¿A qué viene esto? — No me hacía ni puta gracia esa broma o que me tomara por gilipollas, me cambió el humor de golpe.

—No lo estuve, jamás, te la puse como excusa y mentira para tapar algo...

—Necesito beber — me bebí lo que quedaba en la copa, la rellené y me la bebí de golpe de nuevo, por supuesto la rellené, la dejé ahí para cuando soltara eso, que miedo me daba.

—Te tuve que mentir temiendo lo peor y previniendo a que no tuvieras que pasar de nuevo por una pérdida.

—¿De qué me estás hablando Carlos? — pregunté enfadada, los nervios me podían.

—Me diagnosticaron una enfermedad que ya ni quiero nombrar, me tenía que someter a un tratamiento en el que no me aseguraban nada y no quise ir apagándome y que tú lo vieras, quise apartaros de todo eso — sus lágrimas comenzaron a brotar, pero yo ya estaba llorando a mares.

—¿Qué me estás diciendo?

—Sí, pero salí y estoy totalmente curado, jamás amé a nadie, jamás miré a nadie, jamás podría hacerlo, pero no encontré algo mejor para decirte, poder apartarte de un plumazo y que no hicieras por verme.

—Yo te mato... — dije negando.

—No mujer, ahora que estoy salvado — dijo medio en broma.

Lo miré y me tiré a sus brazos, me sobaban las preguntas lo entendía todo, no dejaba de llorar pegada a él, ahora lo comprendía todo, jamás lo entendí pues yo lo conocía y sabía que sus sentimientos eran verdaderos, por eso no cabía en mí, esa frialdad con la que me dejó por otra, ahora lo entendía...

—Por cierto... — dijo sin dejar de abrazarme.

—Mi madre estaba de tan buen humor, dentro de lo que cabe los otros días, pues cuando vi cómo se comportó los días anteriores algo me dijo que ni a ella, ni a nadie le voy a permitir que te mire como no te mereces, así que hablé muy seriamente con ella y le dejé claro que, una vez más y no me ve.

—¿En serio?

—Nunca le pedí nada, pero tampoco le voy a permitir eso, al igual que a ti no te lo permitiría con ella.

—A buenas horas, con la de cosas que le solté... — reí.

—Se las merecía, su comportamiento era lamentable.

—Entonces ya paso a caerle bien fingidamente — reí.

—En el fondo te adora, la conozco — me hizo un guiño.

—No me vuelvas a ocultar nada, no lo hagas más, por favor — le rogué.

—Te lo prometo — me besó con cariño en los labios.

Y ahora, ¿qué? Ahora podía mirarlo como antes, esa era la verdad y mejor, lo que tuvo que sufrir solo para no hacerme pasar otro varapalo en mi vida ¿Podía ser más bueno? Ya era momento de dejar a la niña del exorcista de lado y cuidarlo como no pude o no me dejó hacerlo, pero ahora lo quería cuidar.

Me tiré, sin exagerar, una hora llorando a la vez que reía, provocando una risa eterna en él, que se partía de risa al verme con esa carcajada nerviosa.

Tenía ganas de todo, como explicarlo, de volver a poner todas las piezas del puzle que se quedó roto en mil pedazos y llenos de planes, tenía ganas de tapar esa ausencia durante este tiempo, tenía ganas de todo con él, me había puesto el vaso a reventar de felicidad y eso que lo tuve mucho tiempo vacío.

Ese día lo pasamos de lo más cariñoso, de lo más felices, siendo nosotros como éramos antes, con esa complicidad que nos daba la estabilidad de unos sentimientos leales como los que teníamos antes.

Por la tarde recogimos a Lucas, que estaba reventado de jugar, decía que se quería ir a dormir y eso que eran solo las siete de la tarde, lo habíamos intentado sacar varias veces de allí, pero no hubo forma.

Al final lo duchamos y lo llevamos a cenar manteniéndolo despierto como podíamos y tras una cena en la que se quedó dormido sobre el plato y le tiramos unas fotos para enseñársela al día siguiente, nos fuimos a la habitación y lo acostamos en la cama individual.

¿Nosotros? Nosotros nos metimos en el baño y lo hicimos con más amor que pasión, era momento de abrir nuestros sentimientos, de mostrarnos tal cual como éramos, dos personas que estaban locas el uno por el otro, esa era la realidad...



Capítulo 18

Desperté con una llamada de Lorena que me sobresaltó y me fui hacia la terraza.

—¿Pasó algo?

—¡No! —rio— ¿Aún dormías?

—Si y me asusté — volteé los ojos mirando hacia la playa.

—Que me llevo a mis sobrinos al parque de atracciones y esta noche a ver una peli, luego se quedan en mi casa, que paso a por Lucas y te lo robo hasta mañana.

—Joder, que cable me echas — reí emocionada, tenía ganas de tener intimidad con Carlos ese día.

—Te lo recojo en media hora ya que el hotel me pilla de paso para ir a casa de mi hermano a por los niños.

—Vale, estaré en la puerta, te preparo una bolsita con la ropa de cambio.

—Estupendo.

Colgué y ya tenía detrás a Carlos, que me sujetaba por la barriga y besaba mi cuello.

—¿Con quién hablabas?

—Con mi querido, le acabo de decir que lo dejo.

—Bueno, eso me alivia — lo escuché sonreír.

—Es Lorena, que le debemos tener abajo al niño en media hora, que se lo lleva hasta mañana con sus sobrinos, irán al parque acuático y al cine por la noche ¡Tenemos libre! —reí.

—Habrá que darle de desayunar antes, vamos...

Despertó al niño mientras yo le preparaba la ropa para llevar puesta y en la bolsa, ya estaba loco de contento por irse de juergas con los que llamaba sus primos postizos, aquí teníamos postizo todo menos las muelas.

Bajamos al restaurante que aún había poca gente y ni rastro de mis suegros, ahora sí que lo eran pues mi Carlos era mío, por él mataba, lo tenía claro. Después de la noticia que aún me tenía en shock, lo iba a proteger siempre.

El pequeño desayunó a la velocidad de la luz, ya quería salir y encontrarse con Lorena, que ya estaba ahí abriendo los brazos para darle un achuchón.

Nos despedimos de ellos y volvimos para desayunar, solo lo hizo el pequeño por la urgencia de que se lo llevaba, así que ahora nos tocaba hacerlo en la playa, relajados, como tanto nos gustaba.

En el mismo rincón ahora brillaba una rosa sobre la mesa y una nota en un papiro con los bordes quemados, en el centro la frase “Te amo para siempre”

Venga a llorar otra vez, a las nueve y media de la mañana, buena hora para comenzar a derramar lágrimas tras lágrimas.

—Carlos, por tu vida, para ya que voy a parecer María Magdalena.

—Sabes que siempre miré por todos los detalles...

—Si, es verdad, pero joder, es que me tienes a moco tendido desde ayer.

—Siempre que sea de felicidad...

—Lo es, Carlos, lo es — me acerqué a besarlo y me retiré rápidamente ya que venía el camarero con la bandeja de todo el desayuno.

Mi vida había dado un giro de trescientos sesenta grados, en felicidad, en pensamientos, en todo, ahora notaba que podía disfrutar con el más mínimo gesto de Carlos, que no me venía el recuerdo de que me dejara por otra, si no de que tuvo las agallas de retirarme de su sufrimiento, ese que, a pesar de todo, me habría gustado estar a su lado, pero entendía su valentía.

No me lo podía creer, Rafael y Lola por la pasarela de camino hacia donde estábamos desayunando nosotros ¿Estos no lo hacían siempre en el restaurante? “Buen rollo, buena armonía, simpatía”, me repetía para no hacerle pasar ningún mal trago a mi amor, ya demasiado mal lo pasó

y solo.

Vi como Carlos me miraba sonriente y le hice un guiño como que no me importaba que desayunara con nosotros.

Llegaron sonrientes, estaba claro que lo de mi suegra era más fingido que todas las cosas, pero se agradecía el intento.

—Lola, estas hoy guapísima — dije en un intento de aplacar la tensión que siempre había entre nosotras.

—¿De verdad? Será este vestido blanco, que me rejuvenece bastante.

—Pues te queda genial, ya sabes que es un color que te favorece y puedes tirar mucho de él.

—¿Y Lucas? — dijo cogiendo el café que le habían puesto.

—Se lo llevó Lorena con sus sobrinos al parque acuático.

—Iría muy contento.

—Mucho, ya sabes que tiene devoción con los sobrinos de Lorena.

—Sí, pues hace muy bien para eso está de vacaciones.

—Claro.

Se me puso a entablar hasta conversación, contándome sobre su hermana Virtudes, que se fue a Brasil a vivir con el hijo que estaba allí de técnico de un equipo de fútbol, historia que yo conocía y viví de cerca, pero me gustaba por fin tener una conversación con ella y que se dejara ya de malas intenciones, lucía hasta más guapa de ese buen rollo.

A partir de ese momento, ella comenzó a tener mejor actitud conmigo, eso le causaba más relax a Carlos, e incluso al buenazo de Rafael.

Al día siguiente nos fuimos por el niño y para mi casa, habíamos pasado dos días preciosos en el hotel donde los detalles, los momentos íntimos y la felicidad habían sido la base de todo.

Se quedó en mi casa y ahí se fue quedando al igual que nosotros en la suya, nos íbamos

intercambiando, eso sí, los fines de semana de ese verano lo pasamos siempre en el hotel, donde tanto el niño como yo nos sentíamos tan a gusto.

Carlos me demostró como siempre que estar a su lado era la mejor opción de todas, que seguía siendo el gran hombre, compañero, amante y padre del mundo, pues ejercía como tal y amaba a Lucas tanto como a mí, tenían una unión de lo más bonita que me hacía ver que era él, esa persona que necesitábamos en nuestras vidas.

Se pasó todo el verano convenciéndome para que nos casáramos, pero yo le decía que se lo tenía que currar, por supuesto en broma, ya se lo había currado y con creces, por supuesto que quería ser su mujer, siempre soñé eso y estaba dispuesta a hacerlo con todas mis ganas.

Sus padres venían a vernos cada cierto tiempo y nosotros a ellos, parecía otra Lola y cada vez estaba más suelta, más confidente y me llamaba hasta hija.

¿Qué era el amor si no esto?

Epílogo

Dos años después

A mí el hotel me gustaba, ¿cómo no me iba a gustar? El hotel tenía el sello de Carlos, del hombre al que yo amaba más que a mi propia vida y que ese luminoso día de verano se iba a convertir en mi marido.

Por si eso fuera poco, lo elegimos como escenario para darnos el “sí, quiero”, esas palabras mágicas que ya estaba deseando pronunciar desde que amaneció.

En la suite estábamos Lorena y yo. Ya me habían maquillado y peinado y llegaba el emocionante momento en el que me ella me ayudara a ponerme ese vestido que con tanta ilusión buscamos ambas, en compañía de mi tía Marta.

Por cierto, hablando de mi tía, ella estaba pletórica, pues sería la encargada de officiar la ceremonia, dado que era notaria. Nos lo propuso cuando nos comprometimos y a Carlos y a mí nos pareció una idea magnífica, ¿quién mejor que esa mujer por cuyas venas corría la misma sangre que por las mías? Un rato antes había pasado a verme y comprobé que estaba casi tan nerviosa como yo.

—Tienes el baile de San Vito en las piernas, amiga, como no te estés quieta, a ver quién es la guapa que te ayuda a vestirte—murmuraba Lorena.

—Ya intento tranquilizarme, pero es que me muero de nervios por ver a Carlos, debe estar increíble...

—¿Y a mí no? Escuché la angelical vocecilla de Lucas detrás de nosotras...

—¡No puedo creerlo! —me puse las manos en la boca. Era la primera vez en la vida que lo veía de traje y casi me da un síncope. ¡No podía estar más mono!

—Quería que me vieras, mamá—me dio un tierno beso.

—Estás precioso, vas a dejar a todas las invitadas con las patas colgando. Va a haber tortas por bailar contigo—reí.

—Bueno, pues yo bailaré con todas, no te preocupes—él tenía solución para cualquier cosa. ¡Menudo era mi niño!

—Ahora tienes que irte cielo, ya me voy a vestir y nadie puede ver a la novia antes de la ceremonia.

—¿Y Lorena no es nadie? —enarcó las cejas.

—Tira para el jardín si no quieres que te dé un bocado en esa tripita tan adorable que tienes, anda. Claro que lo es, pero es que alguien tiene que ayudarme a vestirme.

Lucas se fue y Lorena bajó el vestido, que hasta ese momento estaba colgado. Mis zapatos a un lado, el ramo a otro, todo era de cuento de hadas. No podía ser más bonito. Bueno, miento, hubiera sido más bonito si mis padres hubieran podido verlo, ¡qué duda cabía! No obstante, bien sabía yo que desde alguna rendija del cielo lo estaban haciendo y me deseaban la más dichosa de las bodas.

Nunca olvidaré la imagen de mi querida amiga, que era para mí como una hermana, descolgando aquel vestido, pues quedó grabada en mi mente como a cámara lenta, viendo cómo su larga cola caía.

Me encantó. Desde que lo vi pensé que parecía estar diseñado específicamente para mí. Su corte era recto y sentaba maravillosamente a mi figura, con aquella hermosura de caída sobre las caderas. Era perfecto para una ceremonia sofisticada, como sin duda sería la nuestra. Sedoso, suave al tacto y confeccionado en crepe ligero, sin mangas, de escote redondo y con cuerpo de encaje bordado. Sus tirantes cruzados, en los que no faltaban joyas incrustadas, le aportaban un

aire lujoso ante el que caí rendida.

—Estás sencillamente maravillosa. Los vas a dejar a todos hipnotizados, amiga y a Carlos lo vas a enamorar todavía más si es que eso es posible.

—No sé si será posible, pero sí mi propósito—tomé el ramo en las manos, posé para el fotógrafo que acababa de llegar y le pedí que nos sacara a Lorena y a mí la que sería nuestra última foto juntas antes de que yo fuera una mujer, ¿casada? Increíble, pero cierto.

Caminamos hacia el pasillo, colocándome ella la cola en todo momento. Lorena era mi dama de honor e iba bellísima, con aquel vestido también de corte recto, en tonos claros y con detalles violeta que hizo mis delicias.

Esperándome estaba Rafael. Le agradecía en el alma que quisiera llevarme al altar. A mi padre le hubiera gustado que, de no estar él, adoptara mi suegro ese rol, en señal de cariño y protección.

—¡No tengo palabras para decirte lo guapa que estás, Sonia! —me agarró del brazo. Y he visto salir antes a Lucas corriendo, ese nieto mío, está que se sale del pellejo.

No sabía ese hombre hasta qué punto me alegraban sus palabras y no porque me dijera que estaba guapa, sino porque se refiriera a Lucas como su nieto. Era un gesto muy bonito por su parte y que para mí valía más que todo el oro del mundo.

Tomé aire en el momento de salir al jardín y lo que vi me emocionó hasta el punto de tener que contener las lágrimas. Carlos se había encargado de todo y por lo que ya iba viendo, había hecho realidad su promesa de que tuviéramos una boda de película.

Nuestros invitados ascendían a muchas docenas entre familiares, amigos y trabajadores del hotel, todos ellos dirigiéndome las mejores de sus sonrisas. Lucas ya estaba en su puesto, dado que era el encargado de llevar los anillos, un papel para el que llevaba ensayado varios meses, según él, que era de lo más peliculero.

Entre los invitados destacaba también la presencia del que a aquellas alturas del partido yo

consideraba mi cuñado. Sí, porque cuando John llegó a Londres, descubrió que la mujer de su vida era Lorena y puso freno a su proyectada boda, que ya carecía completamente de sentido.

Desde entonces, ambos se habían convertido en inseparables, pues a él le faltó el tiempo para coger sus bártulos y el billete de avión para reencontrarse con ella. Vivían juntos y felices y era habitual que las dos parejas nos reuniéramos cada dos por tres, dado que Carlos y John también se llevaban fenomenal.

Miré al fondo y vi a mi tía Marta, que me decía desde lejos que estaba impresionante.

Por último, Carlos con su madre, Lola. Mi chico estaba que solo le faltaba llevar un lazo para parecer un regalo. Guapo, guapo a rabiar con su impecable traje italiano, con el que nada tenía que envidiar a un galán de cine.

—No sé si voy a aguantar toda la ceremonia o me voy a desmayar—me sonrió y casi me desmayo yo—Sabía que estarías maravillosa vestida de blanco, pero te has superado.

Entrelazamos nuestras manos y las apretamos fuerte.

—Tú también estás más guapo que nunca y mira que no creía que eso fuera posible.

Mi tía Marta nos miró y comenzó a hablar.

—Ante todo, quiero decir a todos los presentes que este es el día más emocionante de mi vida, porque hoy caso a mi sobrina Sonia, a la que considero una hija, con Carlos...

—¡Y yo llevo los anillos y también soy su sobrino! —interrumpió Lucas y los invitados rompieron en risas y aplausos.

—Así, es. Este muchachito, que es un ladrón de corazones, es mi sobrino Lucas y, hechas ya todas las presentaciones, vamos a seguir. Pero antes me vais a permitir que le diga a mi sobrina que es

una novia deliciosa, una novia que no sabe cuánto me recuerda a otra muy querida para mí, a su madre. Son como dos gotas de aguas.

Ningún otro comentario que hubiera podido hacer mi tía me habría ilusionado tanto como aquel. A partir de ese momento comenzó una ceremonia de lo más emotiva, en la que a todos y cada uno de nosotros se nos escapó alguna lagrimita, incluida a Lola, que ya no era para nada la suegra distante que un día fue.

—Aquí tienes el anillo, pónselo rápido, que yo quiero comer y bailar ya—le dijo Lucas a Carlos cuando llegó el momento, provocando nuevas risas en todos los presentes.

—Pues yo quiero ponérselo ya, pero no por eso, campeón, es porque no quiero que se me vaya. Es la mejor mujer que el destino me podía haber puesto en el camino.

—Habláis mucho vosotros, ¿no? Mi anillo, quiero mi anillo.

Y sí, en el momento en el que Carlos me lo colocó en el dedo sentí felicidad en estado puro. Habíamos cumplido un sueño, el de sellar definitivamente nuestro amor y hacerlo delante de todos aquellos que significaban algo para nosotros.

Ni que decir tiene que, desde que volvimos a estar juntos, Carlos me había demostrado a cada momento que tenía todas las cualidades que para mí debía reunir el hombre ideal. Y es que aquel macizo, era más bonito todavía por dentro que por fuera, que ya es decir.

Todos y cada uno de los días de aquellos dos últimos años, sus gestos me hicieron recordar por qué era el hombre con el que debía casarme. Y es que Carlos se desvivía por nosotros y eso era lo mejor. Obvio que, para mí, lo más importante era que la persona que compartiera mi vida quisiera a Lucas y Carlos no lo quería, Carlos lo adoraba. ¿Y Lucas? Lucas había encontrado en él a un padre postizo que de postizo no tenía nada, porque ejercía como el que más.

La música comenzó a sonar al final de la ceremonia y los pétalos llovieron del cielo, inundándonos y provocando que Carlos y yo nos besáramos ante mi sonrisa preferida, la de mi

Lucas, que mostraba una mella de lo más divertida.

Después del reportaje de fotos, en el que Lucas volvió a protagonizar otra serie de momentos de lo más tiernos y chistosos, nos unimos a nuestros invitados, que ya empezaban a disfrutar de los exquisitos entrantes que habíamos seleccionado para la ocasión, con la música de fondo de un saxofonista que le daba un encantador toque romántico.

—Estás guapísima, nuera—me abrazó Lola y le devolví el abrazo de corazón. Ella había cambiado mucho y hasta ejercía de abuela con Lucas y eso era algo que yo no tendría vida para agradecerle, por lo que el hacha de guerra hacía tiempo que ya estaba enterrada entre nosotros.

A continuación, llegó Carlos hasta mí.

—¿Está todo como lo habías soñado? —me abrazó fuerte.

—Si me das un beso, marido, sí—dije con tono contundente.

—¡Marido, soy tu marido! —exclamó y me cogió en volandas, volviendo a arrancar la risa de todos los presentes.

Y es que, si yo estaba contenta, que lo estaba a no poder más, Carlos no lo estaba menos y lo demostró mil veces en aquel día en el que tampoco faltaron sus mejores amigos, Samuel y Ernesto, que fueron sus testigos en la ceremonia y con los que se hizo algunas fotos memorables.

—¿Cómo damos los chicos en cámara? —me sonreía en el centro de la foto.

—¿Foto de chicos? Entonces faltó yo—Lucas iba de un lado para otro y no quería perderse una, por lo que también salió entre ellos.

Tirar el ramo no estaba en mis planes, porque yo sabía de una que iba a ser la siguiente y que no era otra que mi amiga Lorena, pues ya empezaban a sonar campanas de boda para John y ella.

—¿Para mí? —las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¿Y para quién si no? —las mías acompañaron a las suyas mientras nos fundíamos en un fuerte abrazo.

Esos fueron algunos de los momentos inolvidables de un día en el que todo salió a pedir de boca y del que Carlos y yo guardamos los mejores recuerdos, como el corte de la tarta en el que me sorprendió con un grupo de música en directo de la zona del que yo era super fan, por citar un ejemplo.

Y luego estuvo lo de esa inigualable luna de miel a la que partimos al día siguiente con rumbo desconocido para mí, marcando el comienzo de nuestra idílica historia en común.